

Selección



CLARK CARRADOS

CONTRATO SATANICO

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

353 — Los límites del Infierno, *Clark Carrados*.
354 — Miradas de ultratumba, *Clark Carrados*.
355 — Sollozos, *Lou Carrigan*.
356 — La aldea muerta, *Ralph Barby*.
357 — Una cripta para Jezabel, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

CONTRATO SATANICO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 358
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 37.553 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Había terminado ya y se disponía a marcharse, cuando, de pronto, oyó el ruido de la puerta que se abría y sonido de voces en la entrada del apartamento. Ricky Hope maldijo en silencio para sí, mientras pensaba con frenética rapidez en la forma mejor de salir de aquel apuro.

Si le pillaban, lo pasaría muy mal, sobre todo cuando le encontrasen encima casi cuatrocientos mil dólares en joyas. Lo único que podía hacer era escapar por la terraza.

La terraza estaba situada en el piso decimocuarto. Hasta la calle, por tanto, había unos cincuenta metros de distancia.

Aparte de que no llevaba armas jamás, no le gustaba tampoco recurrir a la violencia, salvo en situaciones muy especiales. Aquella situación, en cambio, requería ligereza y habilidad.

Silenciosamente, pisando como un gato, corrió hacia la terraza, con la bolsa de las joyas colgada del cinturón, salvó el parapeto y quedó colgado sobre el vacio, con las dos manos, justo cuando el dueño de la casa y su acompañante llegaban a la sala.

Hope miró un instante hacia abajo. Los coches, en la noche fría y brillante rodaban a buena velocidad en la avenida. Un poco más cerca, distinguió algo de luz y empezó a balancearse.

Se soltó justo cuando la pareja llegaba a la terraza, y cayó en el interior de la situada inmediatamente más abajo, flexionando las rodillas para amortiguar el golpe. Luego saltó hacia adelante y quedó oculto a la vista de las dos personas que tenía sobre sí.

Por encima de él sonaron unas frases harto significativas. Hope torció el gesto. «Ahora se van a la cama, cochinos», pensó.

Tendría que salir por el otro piso, se dijo, a la vez que asomaba la cabeza hacia el interior. Entonces fue cuando presenció una escena asombrosa.

La sala, idéntica a la de arriba, salvo por el mobiliario, estaba iluminada por una gran lámpara roja, proporcionaba efectos fantasmagóricos al ambiente. En el suelo, sobre un pequeño trípode, había un brasero de metal, del que se desprendían espesas nubes de humo azulado, pero que, por la misma iluminación, parecía también de color rojo.

Frente al humeante brasero había una mujer.

Estaba completamente desnuda, sentada sobre sus talones, con los ojos entrecerrados y las manos a los costados, moviéndose lentamente a derecha e izquierda. Era muy hermosa y Hope le calculó unos treinta años. El pelo, abundante, caía en largas ondas sobre su espalda. Los senos eran perfectos, erguidos, delicadamente separados. La cintura era delgada y las caderas, de rotundos contornos, completaban, junto con las piernas, una visión realmente deliciosa y que encendió la sangre de Hope, un hombre joven, de menos de treinta años y que se sentía siempre muy débil en presencia de una mujer

atractiva.

Ella parecía rezar o invocar a alguien, a juzgar por el movimiento de los labios. Lentamente, sin hacer el menor ruido, Hope descorrió la vidriera y se coló detrás de una cortina, desde donde podía ver sin ser visto. En el mismo instante, la mujer agarró un puñado de polvo, de una bandeja que tenía al lado, y lo arrojó sobre las brasas.

El humo se hizo mucho más intenso.

Ella extendió los brazos y clamó:

—¡Oh, tú, Señor de las Tinieblas, a quien he jurado obediencia eterna, dame una prueba de que has escuchado mis peticiones! ¡Muéstrate ante mí en todo tu esplendor! ¡Enséñame tu faz, Príncipe de los Infiernos! ¡Déjate ver ante la más humilde y obediente de tus servidoras! ¡Sal, surge!

Hope se quedó con la boca abierta.

Aquella mujer estaba loca, pensó. ¡Pues no invocaba al demonio...!

Súbitamente, apareció en el humo el rostro de un hombre, que parecía infinitamente viejo, aunque aparentase sólo la edad de la madurez. Tenía una barba muy corta, picuda, y en la frente se divisaban dos pequeños cuernos puntiagudos, que despedían vivas chispas doradas.

—Estoy aquí, mi fiel Janice —dijo el aparecido—. He oído tu invocación y he acudido a ella. ¿Me ves bien?

—Sí, mi señor.

La mujer se inclinó hacia adelante y ocultó el rostro en el suelo, con los brazos extendidos.

—Pero no soy digna de mirarte...

—Levanta tu cara, mujer. Quiero que me mires, que me veas bien, que sepas que tengo el poder infinito sobre todo lo que se mueve en la Tierra.

Ella se enderezó poco a poco, quedando con los brazos extendidos.

—Mi señor —dijo, en claro tono de admiración.

—Soy el que todo lo sabe y todo lo ve. Por eso mismo, sé que todavía no has hecho lo que te encomendé

—¡Oh, mi señor infernal! Todavía no me ha sido posible...

—Debes hacerlo cuanto antes. Sólo así podrás disfrutar de mi recompensa.

—Lo haré, te lo juro.

—Te doy las gracias, Janice. No obstante, tú eres un ser mortal y, por tanto, tienes ciertas necesidades. Para expresarte mejor mi gratitud, te he dejado algo junto al lecho. ¡Pero si incumplieras mis órdenes, te abrasaría en un fuego infinitamente más poderoso que el que vas a ver ahora mismo!

La cara desapareció y fue sustituida por una viva llamarada, que, sin embargo, duró muy pocos segundos.

El humo pareció ser devorado por las llamas y, al mismo tiempo, desapareció el color rojo del ambiente y fue sustituido por otro completamente normal.

Hope estaba atónito, ¿había visto al diablo?, se preguntó.

Si la mujer se lo hubiese contado más adelante, habría hablado de

alucinaciones. Pero era algo que no podía rechazar, puesto que él mismo había visto y oído al diablo.

Mientras reflexionaba, apenas si se dio cuenta de que la mujer se levantaba y caminaba hacia el interior del apartamento. A los pocos momentos, oyó su voz;

—Salga de ahí con las manos en alto. Sí intenta algo, disparare a matar.

* * *

Hope abandonó su escondite, con las manos a la altura de los hombros. Ella estaba en pie, empuñando un revólver, completamente desnuda. Su mano izquierda estaba apoyada en el costado, a la vez que sujetada un grueso tajo de billetes.

—Hola —dijo Hope, con una sonrisa de circunstancias—. Me ha visto.

Ella señaló con la cabeza hacia un espejo situado en uno de los lados de la estancia.

—Por casualidad, aunque eso no importa demasiado, ¿Qué hace aquí?

—Pues...

De pronto, la mujer reparó en la indumentaria de Hope: pullover cerrado, de cuello alto, pantalones y zapatillas, todo de color negro, lo mismo que los guantes de fina piel que aún llevaba puestos,

—¡Un ladrón! —exclamó.

—Yo diría mejor un repartidor, señora.

—¿Repartidor?

—Sí, de los bienes ajenos. Unos tienen mucho y otros tienen poco. Yo soy de los que tienen poco y quieren algo de los que tienen mucho —contestó Hope, con toda desenvoltura.

—Muy bien, llamaré a la policía...

—¡Ah, ah! En su lugar, yo no lo haría.

La mujer se detuvo junto a la mesita del teléfono.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Si llama a la policía, querrán saber el origen de esos veinte mil dólares, más o menos, que tiene usted en la mano, y que Satanás le ha dejado en la cabecera de su lecho. No me diga que los va a esconder porque yo la seguiré para ver dónde guarda el dinero, y se lo diré a los polis. Les contaré también su conjuro, que le ha hecho ver a Satanás y...

Hope sonrió.

—¿Quedamos en paz? —propuso—. Yo callo lo que he visto y usted no me ha visto aquí, en su apartamento.

Ella se mordió los labios.

—¿Ha visto al Príncipe Infernal? —preguntó.

—Por supuesto. Y le he oído también. Pasé mucho miedo.

El rostro de la mujer pareció transfigurarse.

—Es cierto, se hizo visible —exclamó—. No se trataba de una alucinación

mía; otra persona ha visto a mi dueño y señor...

«Esta mujer está loca de remate», pensó Hope, aterrado.

—El Señor de las Tinieblas me lo dará todo: belleza, juventud eterna, fortuna... —continuaba ella, ajena por completo a la presencia de un hombre en su casa y sin preocuparse en absoluto de su desnudez.

—¿Todo eso le va a dar el diablo? —preguntó Hope, estupefacto.

—Se lo pedí y me lo ha concedido —contestó ella.

—Sí, claro...

—Oiga, ¿cómo se llama usted?

—Ri... Ricky, señora... Por cierto, sólo sé el nombre: Janice.

—El apellido es Edgellton, pero puedes llamarme Ricky —sonrió ella—. Bien, quedamos de acuerdo; yo callaré que te he visto y tú no dirás nada de lo que has presenciado.

—O. K, Janice, Esto... una pregunta, por favor. El... Satanás, te ha ordenado que hagas algo. ¿Puedo saber...?

—No —contestó ella, tajante—. No debes saberlo ni te importa tampoco.

Hope se encogió de hombros.

—Muy bien, como quieras —dijo—. Y ahora, por favor, si me permites...

—Espera un momento.

Hope detuvo sus pasos hacia la salida. Janice se le acercó, ondulante, sinuosa, envuelta en un aire de absoluta sensualidad.

—El me ha concedido también amor, pero, claro, yo he de poner algo de mi parte —dijo, a la vez que le ponía las manos en los hombros—. ¿No te gustaría colaborar un poco, Ricky?

La tentación era muy fuerte. Janice olía a perfumes exóticos y era esplendorosamente hermosa. Cedió sin grandes dificultades.

A la madrugada se levantó y empezó a vestirse. Lo primero que hizo fue comprobar que aún tenía el bolso con las joyas. Luego contempló un instante a Janice.

Ella dormía apaciblemente, con la cabellera extendida sobre la almohada. Hope frunció el ceño.

—¿Cómo puede una mujer de sus condiciones establecer un contrato satánico? —murmuró—. Si ya lo tiene todo...

Se encogió de hombros. La llegada al apartamento de Janice había resultado muy conveniente para él. Si alguien hacía preguntas indiscretas, Janice podría ayudarle a contestarlas y a establecer una coartada que le librase de apuros.

Pero estaba seguro de que la víctima de su robo no iba a denunciar jamás la falta de aquellas joyas.

CAPITULO II

—El desayuno, señor —anunció el severo criado—. También he traído el periódico, señor.

—Gracias, Cassius —sonrió Hope—. ¿Qué tal día tenemos hoy?

—Magnífico, señor. ¿El señor paseará a caballo por el parque hoy?

—Me parece que no, Cassius. Tengo que hacer algunas gestiones... Prepárame un traje corriente, una camisa a cuadros, cazadora, zapatos blandos...

—El señor, sin duda, no va a frecuentar hoy un ambiente distinguido.

—Así es —confirmó Hope—, Tengo que ver a una persona en un lugar nada agradable y es absolutamente imprescindible. ¿Alguna llamada telefónica?

—La señora Van Voort quiere saber cuándo querrá el señor cenar con ella. La señora Van Voort ha dicho que su esposo está en Europa y que tardará todavía un par de semanas en regresar. Me ha pedido la conteste antes de mediodía, señor.

—Dile a la señora Van Voort que estoy en el Polo Sur, en mi época de meditación.

—A lo mejor se lo cree y va allí, señor —dijo el criado, permitiéndose el lujo de una sonrisa.

—Entonces, su esposo y yo nos pondríamos muy contentos —respondió Hope, alegremente.

Cassius se inclinó

—Bien, señor; iré a prepararle el baño y la ropa indicada.

Sentado en su lujoso lecho, Hope se sirvió una taza de cale y desplegó el periódico, Sólo tomó un sorbo; sus ojos recayeron en seguida sobre una noticia que le hizo olvidarse instantáneamente del desayuno.

Janice Edgellton había asesinado la noche anterior a un individuo llamado Víctor Spotter, empleando para ello un revólver, cuya carga había consumido por completo. Al ser interrogada por la policía, que la había detenido a los pocos momentos de cometido su crimen, Janice había declarado que era el diablo quien le había ordenado matar a Spotter.

Hope sintió que se le revolvía el estómago. Inmediatamente perdió el apetito.

Siguió leyendo. El periodista daba abundantes detalles del hecho y decía que ninguno de los interrogadores había conseguido sacar a Janice de su primera declaración. El reportero opinaba que Janice iba a ser puesta en manos de los psiquiatras.

—Y pensar que no hace todavía una semana, yo estuve con esa mujer —se dijo—. Ahora comprendo por qué no quería decirme qué le había ordenado hacer Satanás.

Abandonó el lecho, sólo con una segunda taza de café, y se metió en la

ducha. Empezó a preguntarse si sería conveniente visitar a Janice y ofrecerle su ayuda. Tendría que meditarlo muy bien. Si le fastidiaba abandonar a una mujer que podía merecer un poco de ayuda, más le fastidiaba verse complicado en un asunto que podía resultar una especie de tiro por la culata contra él.

Terminó el aseo y se vistió. Entonces, oyó voces en el vestíbulo.

—Déjeme pasar, mamotreto—dijo una mujer, al parecer terriblemente encolerizada—. Déjeme pasar, le digo; quiero contarle cuatro cosas al canalla de su amo...

Hope abandonó el dormitorio y llegó al salón. Entonces vio a una muchacha muy bonita, que trataba de eludir el obstáculo que era el enorme criado de color.

—Cassius, déjala.

El criado se volvió.

—Perdón, señor; pero no pude impedirlo...

—Es lo mismo, no te preocupes. Déjanos solos, te lo ruego.

—Como ordene el señor.

Cassius se retiró. Hope fijó la vista en la furiosa muchacha, de pelo casi negro, hermosa silueta y rostro sumamente atractivo, ahora encarnado por la cólera que la poseía y que se reflejaba en las violentas agitaciones de sus senos. «Pequeños, pero redonditos y firmes», pensó, a la vez que forzaba una sonrisa.

—¿Puedo serle útil en algo, señorita? —se ofreció, cortés.

Ella le miró fijamente.

—Soy Venus Gregor —se presentó.

* * *

Hubo un instante de silencio.

—Me suena el nombre —dijo Hope al cabo.

Ella sonrió desdeñosamente, a la vez que movía !a mano derecha.

—Así se pueden tener estos lujos —exclamó—. Una casa elegantísima, en la Quinta Avenida, un criado de color... Seguramente también es su chófer, ¿no? ¿O tiene aparte un chófer, quizá filipino o chino?

—No tengo más personal a mi servicio que el buen Cassius. Lo compré hace algunos años en África —dijo Hope, impasible.

Ella le miró horrorizada.

—¿Su... esclavo?

—Si no temiera ofender el pudor de una hermosa señorita, le pediría que le enseñase la espalda, en donde puse mis iniciales con hierros al rojo vivo, para demostrar que Cassius es de mi propiedad. Pero seguro que no ha venido aquí para hablar de la esclavitud, ¿verdad?

Venus se enderezó.

—He venido para hablar de las joyas que robó hace algunas semanas en la

casa de mi padre —dijo—. Le conoce, creo,

—¡Uh, sí, John Gregor! Me invitó a una fiesta...

—Ya estuve ausente casi todo el tiempo; tenía otro compromiso, pero llegué poco antes de que usted se marchara. Sin embargo, no nos presentaron,

—Es cierto —convino Hope—. Sin embargo, eso no significa que yo robase las joyas de que está hablando.

—¿De veras? —Venus abrió su bolso y sacó un encendedor de oro—. Tiene sus iniciales y lo encontré en las inmediaciones del lugar donde está la caja fuerte, Estaba casi oculto por una cortina y nadie lo vio por el momento. A mí me costó dos días, señor Hope.

—De modo que sólo por ese encendedor me cree culpable del robo de las joyas.

—He hablado con mi padre. Además, había una lista de todos los invitados. Me costó un poco; pero, al fin, identifiqué a la persona cuyas iniciales son una R y una H. Richard Hope, en suma,

—Los amigos me llaman Ricky —sonrió él.

—Yo no le llamaría así, sino ladrón —contestó Venus, secamente—. Bueno, ¿devuelve las joyas o prefiere que llame a la policía?

Sin dejar de sonreír, Hope se acercó a una mesita china, artísticamente laqueada, y tomó una cigarrera de oro, que abrió para extraer un cigarrillo, con boquilla también de oro. Ofreció a Venus, pero ella ve chazó.

—Señorita Gregor —dijo, después de expulsar la primera bocanada de humo—, ¿me permite hacerle dos preguntas antes de darle una explicación sobre el tema?

—Adelante —invitó ella,

—Primero, ¿cómo supo usted que su padre tenía las joyas en casa?

Venus pareció quedarse cortada un instante.

—Lo... lo vi hace algunas semanas... No, hace casi cinco meses. Le pregunté de dónde las había sacado y me contestó que eran la garantía de un préstamo que había concedido a un amigo.

—Muy bien, segunda pregunta. Fíjese bien, porque es muy importante: ¿Se le ha ocurrido pensar siquiera por qué su padre no ha denunciado el robo a la policía, después de seis semanas de cometido?

La boca de la muchacha se abrió por completo.

—¡Oh!

Hope sonrió, mientras, con fingida afectación, sacudía la ceniza del cigarrillo con el dedo meñique.

—Vuelva a su casa y entérese de los motivos del silencio de su padre. —Le quitó el mechero suavemente, sin que Venus osara oponérsele, completamente des concertada—. Haga lo que le digo, se lo aconsejo.

Venus pateó el suelo, furiosa.

—¡Pero usted es el ladrón!

—No lo he admitido, señorita —contestó él, sin inmutarse—. Y si de veras sospecha de mí, acuda a la policía. —El mechero saltó un par de veces en el

aire—. Esto no es suficiente prueba, y menos ahora que está en mi poder.

Venus intentó recobrar el encendedor, pero Hope cerró la mano rápidamente.

—No he robado ninguna joya, ni sé nada sobre el particular —añadió, fríamente.

Venus se mordió los labios.

—Demostraré que es un ladrón —dijo—. Y lo enviaré a la cárcel para un buen montón de años, se 10 aseguro.

El vivo repiqueteo de los tacones femeninos se apagó bien pronto. Cassius apareció a los pocos instantes.

—Se ha ido ya, señor.

—¡Uf! ¡Qué vendaval! Por poco me atropella, como una apisonadora.

—He oído algo, sin querer, por supuesto, señor. ¿Piensa que esa joven puede ponerle en un apuro?

—No, en absoluto. Callará, créeme.

—Siendo así...

—Sí, seguro, Cassius.

—El señor no me necesita hoy para conducir su coche, supongo.

—No volveré a casa en todo el día. Puedes tomártelo libre.

—Gracias, señor. Deseo al señor todo éxito en su trabajo.

Hope suspiró.

—Falta me hará —dijo, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

* * *

Tenía los ojos ausentes y la mirada perdida en el infinito. Pálida, sin maquillaje, vestida con el gris uniforme carcelario, Janice Edgellton parecía una mujer completamente distinta de la que él había conocido una semana antes.

—Entonces, ¿no puedo ayudarte?

—El me ayudará —dijo Janice, con voz opaca—. Es mi señor, mi dueño; yo obedecí sus órdenes. El no me abandonará.

—Janice, trata de comprender...

Hope llevaba insistiendo más de media hora, sin que ella cambiase su actitud ni por un momento. Había pasado el tiempo suficiente, de modo que si Janice había asesinado a Spotter bajo el influjo de una droga, ésta había perdido ya sus efectos.

¿O era tan poderosa que podía durar días enteros?

—Por última vez, Janice...

Algo tintineó en la reja de la celda.

—Es la hora —anunció la celadora.

Hope se puso en pie, a la vez que tomaba las manos de Janice.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte —prometió.

La celadora se apartó a un lado al salir él fuera de la celda. Hope le

concedió una rápida mirada. Era una mujer alta, de rostro hombruno, inexpresivo. «Un tipo viriloide, el adecuado para esta clase de trabajo», pensó. Y se olvidó de ella inmediatamente para concentrar sus pensamientos en la víctima de Spotter.

«¿Por qué él, precisamente?», se preguntó.

La celadora cerraba su celda en aquel instante. De pronto, miró a la presa.

—Esta noche vendré a liberarte —dijo.

Janice sufrió una especie de sacudida eléctrica. La celadora asintió, a la vez que sonreía ligeramente.

—Sí, soy yo —confirmó.

—Pero... tú, tu aspecto...

—¿Acaso ignoras que soy capaz de tomar el aspecto de cualquier ser mortal?

—¡Oh, sí, mi señor infernal, ahora creo en ti...!

—Vendré a buscarte, repito. Nunca abandono a mis fieles; eso es algo que deberías saber desde el primer momento.

—Sí, mi señor...

—No hagas nada ni digas algo que pueda hacer sospechar a los demás. Compórtate con absoluta naturalidad.

La celadora se alejó. Una extraña sonrisa apareció en los labios de Janice.

Aquella noche sería libre, se dijo, llena de felicidad. El Príncipe de las Tinieblas iba a recompensar su fidelidad.

* * *

Pasada la medianoche, la celadora llegó a la celda y abrió la cancela.

—Sígueme —ordenó.

Janice se puso en pie, con los ojos fijos en aquella mujer. Cuando la celadora tomó su mano, ella se dejó conducir sin oponer la menor resistencia.

Salieron del corredor y llegaron a un descansillo, del que arrancaba una escalera de peldaños de hierro, que terminaba en una puerta, también de metal. Momentos después, se hallaban en la azotea del edificio.

Soplaba un viento frío y poco apacible, pero Janice no lo notó. Sujeta por la mano de la celadora, avanzo hacia el parapeto.

Las luces de la ciudad brillaban cegadoramente a lo lejos. La sirena de un barco llegó desde la desembocadura del Hudson. Los grandes rascacielos aparecían brillantemente iluminados.

—Ahora volarás conmigo —dijo la celadora—. Volarás y yo te haré libre. ¡Vuela, vuela!

Janice saltó al vacío, con los brazos extendidos. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sola.

En una fracción de segundo, su mente volvió a la normalidad.

Pero ya era tarde, muy tarde. El suelo se acercaba vertiginosamente. De pronto, le pareció que se abría en una gigantesca llamarada, que duró un

tiempo infinitesimal, porque en seguida se hizo de nuevo la oscuridad.

CAPITULO III

Hope leyó la noticia y se quedó helado.

—¡Dios mío, no es posible...!

El periódico daba considerables detalles sobre el particular. La celadora de turno había desaparecido tras el suicidio de Janice y se desconocía su paradero en absoluto.

Se especulaba con la posibilidad de un asesinato, pero en la celda de Janice había encontrado una agenda con algunas notas, en las que se decía que su dueño infernal acudiría pronto a liberarla. El periodista suponía que Janice había conseguido sobornar a la celadora, quien la había dejado escapar, aunque sin suponer en absoluto que lo que la prisionera pretendía era suicidarse.

Consternado, dobló el periódico. Las páginas impresas descubrían solamente lo que había en la superficie. Había algo más, mucho más profundo, y quizá nadie llegase a conocer jamás la verdad absoluta de ¡o sucedido.

Durante un buen rato, meditó acerca de lo que debía hacer. Al fin, se dijo que no estaría de más hacer una visita al apartamento de Janice.

Dejando de lado su desvío mental, había sido una mujer hermosa y ardiente. Estaba seguro de que alguien la había encañado.

Pero la visión del rostro del diablo...

Dobló el periódico y se puso en pie. Cassius apareció en aquel momento.

—¿Llamaba el señor?

—Voy a salir —anunció Hope.

—¿Tiene el señor todos los datos en su poder?

—¡Oh, sí, por supuesto!

—Entonces, pronto dará su siguiente golpe.

—Ciertamente, Cassius.

—Deseo al señor un completo éxito, como en los dos casos anteriores. Y ojalá lo consiga en los restantes.

Hope hizo una mueca.

—Eso ya será un poco más difícil, pero creo que lo conseguiré. Puede que vuelva muy tarde, Cassius. No me esperes levantado. Si tengo apetito, yo me prepararé algo.

—Como diga el señor.

Hope fue al apartamento de Janice. El conserje le abrió con su propia llave maestra, conseguida al precio de cincuenta dólares.

—Por favor, no me comprometa...

Hope sonrió.

—Descuide, no pienso llevarme una sola brizna Je paja —contestó—. Aunque dudo mucho de que haya paja en estos apartamentos de tanto lujo.

Entró, cerró a sus espaldas y empezó el registro. Una hora más tarde, todo

lo que había conseguido era un nombre que, en apariencia, no significaba nada. No conocía a Balt Roxbury, ni tenía la menor idea de su identidad, ni tampoco sabía dónde vivía, pero acabaría por conocer más datos y localizar al individuo. Merecía la pena, se dijo, mientras evocaba melancólicamente los dulces momentos de pasión transcurridos en compañía de Janice Edgellton.

* * *

—Papá, ¿por qué no denunciaste el robo de las joyas?

Todman Gregor oyó aquellas palabras y sufrió un fuerte sobresalto. Inmediatamente, apartó la vista del periódico que leía para fijarla en el encantador rostro de su hija.

—¿Qué joyas? —dijo.

—¡Oh, papá! Es inútil que trates de fingir conmigo —exclamó la chica—. Las vi una vez en tu caja fuerte. Luego sé que te las robaron...

—¿Puedo pedirte un favor, hija? —preguntó el señor Gregor, heladamente.

—Sí, claro, papá.

—No te metas en mis asuntos.

Venus apretó los labios.

—Hemos estado siempre muy unidos, sobre todo desde que falta mamá —dijo—. Nunca nos ocultamos nada el uno al otro y ésta es la primera vez que eludes una pregunta que te he hecho.

—Porque no tiene respuesta.

—¿No tiene respuesta el robo de unas joyas que valían casi cuatrocientos mil dólares?

—No.

—¿Por qué?

Gregor alzó la vista al techo.

—Hoy estás imposible, muchacha —se lamentó.

—Tú eres el que estás imposible. Prestaste dinero a un amigo, con la garantía de esas joyas, te las roban y te quedas tan fresco. Si yo estuviese en tu lugar, me sentiría mucho más preocupada.

—Pero tú eres tú y yo soy yo.

Venus alzó los brazos, en un dramático ademán.

—¡Maravilloso descubrimiento! —dijo, sarcástica—. Voy a proponerte para el Premio Nobel de la identificación de las personas por el parentesco.

—Muchacha, déjate de bromas...

—Pero, papá, ¿por qué no quieres denunciar el robo?

Gregor dejó el periódico a un lado.

—Hija, si de veras me quieres, harás dos cosas: primero, olvidarte de las joyas. Y segundo, no meterte en mis asuntos, ¿entendido? ¿Te falta algo? ¿Quieres algún capricho? ¿Un coche nuevo? ¿Un viaje a Europa, acaso^

Ella se puso en pie y lanzó la servilleta contra la mesa.

—Me sobornas, ¿eh?

Gregor sonrió ante el enojo de la muchacha y movió el curvado índice varias veces.

—Ven.

La joven se le acercó. Gregor le puso una mano en la cintura.

—Hija, cuando digo que no debes preocuparte por las joyas, es que tengo mis motivos para ello. Olvídalo, te lo ruego.

—Si tú lo dices... —contestó ella, más amansada.

—Es mejor así. Por favor, confía en mí. Recuperaré las joyas.

—Pero es que yo podría ayudarte...

—No insistas, hija. Deja que yo lleve este asunto a mi modo. Lo solucionaré satisfactoriamente, créeme; pero dame tiempo, ¿comprendes?

—Papá ¿y si yo te dijera que conozco al ladrón y que se llama Richard Hope?

Gregor miró de hito en hito a la muchacha.

—Diría que es imposible —contestó.

—¿Por qué?

—Lo conozco bien. Es un muchacho de todas prendas. Jamás se metería en un asunto semejante.

—¿Y si estuvieras equivocado?

—No, no lo estoy. Anda, por favor, déjame terminar el periódico. ¿Te veré a la hora de la cena?

Venus dudó un momento.

—No puedo asegurarte nada, aunque haré todos los posibles por estar en casa para hacerte compañía —contestó el cabo.

—Muy bien, hija. Anda, pon un beso en esta vieja y fatigada frente.

Ella se echó a reír.

—¡Frente fatigada! Si no has cumplido aún cuarenta y seis años. Oye, ancianito, ¿cuándo te casas otra vez? —Le dio un codazo—. ¿Sabes que Pearl Shorton no me disgustaría para madrastra?

—Eres un verdadero diablillo —dijo Gregor—. Anda, diviértete y no te preocupes de más.

Venus agarró el bolso y salió desenvueltamente del comedor. Mientras caminaba se dijo que, por mucho que fuesen los motivos de su padre para callar el robo, ella haría lo indecible para desenmascarar al ladrón.

Y conocía el procedimiento para conseguir sus propósitos.

* * *

La puerta de la caja fuerte se abrió silenciosamente a un lado. Las enguantadas manos de Richard Hope removieron velozmente el contenido del cofre fuerte. Al fin, encontraron una caja de maderas preciosas, en forma de arqueta, cuya tapa levantó en el acto.

El fulgor de las joyas contenidas en la arqueta le deslumbró. Hope sonrió satisfecho, mientras examinaba rápidamente un par de valiosos collares de

perlas. Luego extrajo otro, hecho de una valiosa labor de oro y con una incalculable cantidad de diamantes, rubíes v esmeraldas.

Había también un par de valiosísimas pulseras y algunas sortijas, así como un bellísimo camafeo de marfil, adornado con piedras preciosas. El valor de todo aquello, estimó, superaba los cuatrocientos mil dólares ampliamente.

Al cabo de unos instantes, inició el trasvase de las joyas, desde la arqueta a la bolsa de espeso terciopelo que había llevado consigo. Al terminar, dejó todo como estaba y cerró la puerta de la caja fuerte.

Entonces, todas las luces de la estancia se encendieron de golpe.

Hope giró velozmente. Sus ojos centellearon al descubrir a una mujer frente a él, con la mano todavía en el interruptor de la luz.

—¡Hola, bribón! —dijo Venus.

Separándose de la pared, caminó hacia el teléfono situado encima de la mesa de despacho. Hope observo que la muchacha vestía de una forma muy similar a la suya, con las prendas sumamente ajustadas a su espléndida figura.

—Voy a llamar a la policía —anunció.

Hope trató de recobrarse de la sorpresa recibida.

—hágalo y su padre me acompañará en el viaje a la cárcel —dijo.

Venus se revolvió furiosamente.

—¡No diga estupideces! —exclamó.

Sonriendo, Hope llegó a la mesa, levantó el teléfono y se lo tendió a la muchacha.

—Adelante, llame a la policía —invitó—. Iremos tres a la cárcel: Todman Gregor, su encantadora hija y yo.

—¡Yo no soy una ladrona! —protestó Venus.

—No pensará que iba a dejarla marchar después de avisar a la policía, ¿verdad? Si la encuentran aquí conmigo, ¿qué pensarán los polis? Sobre todo cuando la vean vestida de esa forma. ¿Cree que admitirán sus excusas? «Yo estoy vestida así porque soy una chica honrada y quería evitar que el señor Hope cometiese un gran robo» —dijo el joven, con voz aflautada—. Se troncharían de risa, créame.

Ella pareció sentirse desconcertada.

—Está bien —dijo—. No llamaré a la policía, pero usted debe dejar las joyas en la caja fuerte de la que han salido.

—¡Ni lo sueñe!

—Entonces le denunciaré apenas llegue a mi casa.

—Y su padre me acompañará a la cárcel.

—¿Sería capaz?

—¿Lo duda?

—Pero ¿por qué...?

—Mire, Venus, le voy a dar un consejo. Olvídese de todo lo que sabe y ha visto. Soy un ladrón, no lo puedo remediar. Lo llevo en la sangre; debe de ser cosa de herencia. Mi padre fue ladrón, mi abuelo robaba caballos en Montana, lo cual le llevó a la horca; entonces, el robo de caballos era considerado como

el peor crimen del mundo... Y el padre de mi abuelo robaba oro a los buscadores de ese metal en California... Es algo... ¿Ha oído hablar usted de célebres pintores, que no podían Vivir sin sus pinceles? A mí me pasa algo parecido, aunque con las joyas, claro.

Ella le miraba estupefacta.

—Herencia, ¿eh?

—Los genes del robo. ¿Por qué cree que no me he casado? Me horrorizaría infinito transmitir a un hijo mío esta terrible herencia...

—Acaso, si consultase con un psiquiatra...

—Entonces, ¿dónde estarían mis ganancias? ¿Sabe usted lo que cobra un psicoanalista por una hora de trabajo? —se horrorizó el joven.

—Pero algo debería hacer, ¿no le parece? Tiene que intentar borrar esa obsesión de su mente, Ricky.

—Trato de hacerlo y puede que algún día lo consiga; pero mientras tanto, hoy me llevo este botín.

—El último robo —exigió Venus.

Hope hizo un gesto ambiguo.

—Lo intentaré, no puedo asegurarle nada —contestó—. ¿Vamos?

—Oiga, ¿no nos verán?

Hope rió.

—El dueño está de viaje —contestó.

—Cuando las eche de menos...

—Se' callará.

—¿Como mi padre?

—Sí.

—¿Por qué, Ricky?

—¿No se lo ha preguntado todavía?

—No ha querido contestarme —dijo ella, tristemente.

—Insista, por favor.

Atravesaron el jardín de la casa, por la parte posterior. Venus caminaba en silencio, hondamente preocupada.

—¿Cómo ha dado conmigo? —preguntó él, rompiendo el silencio en que habían caído.

—Le he seguido —replicó ella.

—Vaya, me he portado como un tonto. Lo tendré en cuenta para la próxima ocasión.

—Pero ¿no ha dicho que no piensa robar más? —se indignó Venus.

—Puntualicemos: he dicho solamente que lo intentaría; no fue una promesa solemne ni un juramento. La herencia, recuerde.

Venus había llegado junto a su coche y tras abrir la portezuela, se sentó con gesto impulsivo. Luego ¡e amenazó con el índice:

—Si me entero de que ha vuelto a robar, le denunciaré —aseguró.

—Y su padre me hará compañía en Sing-Sing —replicó él, impasible.

—Se irá del país.

—No puede vivir eternamente en el extranjero. Sus negocios le retienen aquí —dijo Hope, alegremente.

—¡Oh! —Venus, furiosa, pisó el acelerador y huyó a toda velocidad, mientras Hope, junto a la acera, encendía un cigarrillo, satisfecho de la solución que había dado a un problema que se le había planteado tan inesperadamente.

Luego pensó en su siguiente golpe. Tendría que emplear otros métodos.

CAPITULO IV

Llegó a su coche y dio el contacto. El motor ronroneó satisfactoriamente. Jay Keeler canturreó entre dientes, a la vez que salía del jardín en marcha lenta. Luego, cuando vio el camino despejado, aceleró hasta alcanzar la velocidad deseada.

Los faros alumbraban la carretera, casi desierta en aquellos momentos. Pocos minutos más tarde, divisó el Hudson, brillando a la luz de la luna. Un tren procedente del Norte pasó por su izquierda más abajo. Keeler hizo que sus dedos tamborileasen sobre la consola del coche.

De pronto, se le ocurrió la idea de que no estaría de más escuchar un poco de música. Tenía algunos cassettes preparadas y puso una en el alvéolo correspondiente. Luego alzó un poco el volumen.

En lugar de oír música, oyó una voz:

—Escúchame bien, Keeler. Te lo pedí un par de veces, y tú no me hiciste el menor caso. No era una suma muy grande para ti; doscientos mil dólares poco significan para un hombre de tu clase. Pero según lie podido apreciar, prefieres el dinero a la vida...

Keeler soltó una maldición. Aquel asunto le había fastidiado durante algunos días, hasta llegar a la conclusión de que se trataba de una broma pesada. Al parecer, había quien opinaba de un modo distinto.

—¿Recuerdas a Víctor Spotter? —Siguió la voz—. También él se negó y murió. Eso es lo que te va a suceder a ti; dentro de unos instantes, estarás... ¡EN EL INFIERNO!

La voz se transformó en un grito agudísimo, seguido de un potente pitido. Casi en el mismo instante, se encendió una luz muy brillante debajo del tablero de mandos.

Fue un chispazo deslumbrador, como si mil focos se hubieran encendido a la vez en aquel lugar. Al mismo tiempo, brotó una espesa humareda.

Keeler sintió un vivo calor en las piernas y en el bajo vientre. Instintivamente, levantó un brazo para protegerse del fogonazo. Pero en aquel momento, brotó una atroz llamarada del mismo sitio.

Keeler lanzó un agudísimo chillido de terror. Perdió el dominio del coche, y éste, lanzado a ciento veinte por hora, se salió de la carretera y cayó dando tumbos a la vía del tren, a diez o doce metros más abajo.

El coche, hecho una antorcha, rodó espantosamente, hasta quedar a pocos pasos de los rieles. Sin embargo, Keeler estaba todavía vivo y consciente.

Envuelto en llamas, convertido en una tea humana, salió del vehículo destrozado, profiriendo horribles alaridos. El maquinista del expreso nocturno que se dirigía a Chicago lo vio demasiado tarde, y aunque aplicó los frenos a fondo, ya no pudo evitar el atropello.

Aquella hoguera humana voló por los aires una veintena de metros. Cuando cayó al suelo, fuera de la vía, se quedó inmóvil. Ya no sentía las

llamas que devoraban su cuerpo.

* * *

—El señor logró un éxito redondo —dijo Cassius.

Hope sonrió, satisfecho.

—Contesta a una duda que tengo —pidió—. ¿Sería una irreverencia decir «gracias a Dios»?

El mayordomo se inclinó gravemente.

—En absoluto, señor —contestó.

—Es lo que deseaba oír —dijo el joven—. Gracias, Cassius. ¿Un poco más de café, por favor?

—Sí, señor.

Hope había desayunado satisfactoriamente y encendió un cigarrillo, mientras pensaba en la conveniencia de hablar con Venus Gregor, una muchacha realmente encantadora y que le agradaba muchísimo. No tardó en llegar a la conclusión de que una nueva entrevista era, por el momento, algo inconveniente.

Mientras vertía el café en la taza, Cassius le hizo una pregunta:

—¿Ha pensado el señor en su próximo golpe?

—Sí —contestó Hope—. Lo haré de una manera muy distinta.

—¿Me tachará de indiscreto sí le pregunto cómo piensa hacerlo?

—¡Oh, en absoluto! —Rió el joven—. Esta vez emplearé el procedimiento de la miel.

—¿La miel, señor?

—Es una metáfora con la que quiero expresar la dulzura del método.

—¡Ahí —murmuró Cassius—. ¿Desea algo más, señor?

—No, eso es todo por hoy, gracias,

Hope desplegó el periódico para leer sus páginas interiores, ya que hasta entonces se había limitado a los titulares de la primera plana. De pronto, captó una noticia que le sorprendió desagradablemente.

Jay Keeler había muerto de una forma particularmente espantosa. El coche se había incendiado, tras salirse de ¡a carretera y caer dando vueltas junto a la vía del ferrocarril. A pesar de todo, Keeler no había muerto en el acto, sino que consiguió salir, envuelto en llamas, pero su estado no le permitió advertir que se situaba en el trayecto del expreso nocturno de Chicago, que lo atropelló, matándolo instantáneamente.

Los dedos de Hope tabalearon sobre la mesa. El joven se había quedado muy preocupado,

—Una extraña coincidencia —murmuró.

Spotter había sido la víctima de su anterior golpe. Poco después, era asesinado a balazos por una mujer.

Ahora, Keeler sufría un espantoso accidente, que le costaba la vida. Y él había vaciado su caja fuerte pocos días antes.

«¿Coincidencia?», se repitió.

—Sí, seguro.

¿Qué tenían de común una muerte a balazos y otra en un accidente de circulación?

Lo mejor era olvidar el asunto y concentrarse en la siguiente caja fuerte. Pertenecía a Amy Forsythe y era una mujer muy hermosa.

* * *

Lenta, tenazmente, Venus Gregor iba pasando las páginas del grueso volumen en que estaban reunidos los periódicos de tres meses. Había revisado dos volúmenes más, idénticos al anterior, y todavía no había encontrado ninguna noticia que le satisfaciera siquiera medianamente.

Sí, había leído muchas, informaciones sobre robos de joyas, pero ninguna que pudiera tener relación con el problema que tanto la preocupaba. De pronto, cuando ya desesperaba de conseguir éxito en su tarea, vio algo que hizo renacer la esperanza en su ánimo

Leyó la información con avidez. La colección Beresford, algo increíble, a juzgar por los ditirambos y adjetivos entusiastas que empleaba el cronista. Su valor total superaba de largo los dos millones y medio de dólares.

Las joyas estaban expuestas en una conocida galería de arte, provista de los más sofisticados medios de protección, incluyendo guardas y perros policía. A pesar de ello, las precauciones habían resultado inútiles y las joyas habían sido robadas.

El robo había provocado un gran escándalo. Lo peor de todo era que no se tenía la menor pista de los ladrones, que habían actuado con una enorme inteligencia, siguiendo un plan perfectamente elaborado, que les había permitido eludir, no sólo los medios de detección, sino a los guardias y a los mastines.

—Han pasado ya más de seis meses y aún no se tiene la menor noticia sobre los autores del robo —soliloquió la muchacha.

La compañía aseguradora había ofrecido una fuerte recompensa, pero todo había resultado inútil hasta el momento. Venus se quedó muy preocupada.

De pronto, creyó que perdía la respiración.

¡Su padre era uno de los ladrones!

Por eso no quería comentar el suceso. Tenía motivos más que suficientes para callar.

Era una razón muy poderosa que le impedía acudir a la policía. Hope, pensó amargamente, lo sabía muy bien. Aun sin expresarlo con las palabras adecuadas, lo había dicho con toda claridad. Si ella le denunciaba, él denunciaría a su padre y los dos irían a la cárcel,

Sin poder contenerse, se echó a llorar.

Una de las bibliotecarias se le acercó casi en el acto.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —dijo compasivamente.

Venus sacudió la cabeza.

—No... —Hizo un esfuerzo por componer el gesto—. Es que... he visto de nuevo la noticia de... de la muerte de mi novio, atropellado por un automóvil... y no me he podido contener... Estábamos a punto de casarnos.

De pronto, Venus se levantó, agarró el bolso y se marchó, tropezando casi con los muebles. La bibliotecaria le dirigió una mirada de lástima.

—Pobre muchacha —comentó.

* * *

Entró en su casa y encendió la luz. Sentíase cansada, harta de la vida. A veces, Billie

Bowers pensaba en el suicidio como solución de todos sus males. Sí, así acabarían sus problemas...

Este mundo era un asco, se dijo, mientras lanzaba el bolso sobre la cama y empezaba a desnudarse. Cuando estuvo sin una sola prenda de ropa encima, se miró al espejo.

El cuerpo estaba bien, todavía muy atractivo, La cara, en cambio... Ajada, con arrugas; el pelo, lacio y sin brillo... ¿Valía la pena seguir viviendo, sobre todo ahora que su esposo la había abandonado por una mujer veinte años más joven?

Por un instante, pensó en los tiempos antiguos, en que, según las leyendas, se pactaba con el diablo, a cambio de juventud eterna y fortuna. Pero eso era antes no ahora, se dijo amargamente.

—Si pudiera le vendería mi alma —dijo con acento de desesperación.

Iba a quedarse sola y sin dinero, ¿Qué podía hacer?

Una voz cavernosa sonó de pronto en el dormitorio:

—Me has llamado y aquí estoy.

Billie se sobresaltó terriblemente. El hombre dijo:

—No te vuelvas. Yo puedo proporcionarte todo lo que te falta

—¿Qu... quién eres? —preguntó ella, temblando de pies a cabeza.

Sonó una estridente carcajada,

—¿No acabas de invocarme? Estabas dispuesta a venderme el alma, a cambio de la belleza y la fortuna. Yo puedo conseguirte esas dos cosas, con una condición obediencia absoluta a mis mandatos.

—Pero...

Algo voló por los aires, y después de pasar la cabeza de la mujer, cayó al suelo.

—Ahí tienes dinero, quince mil dólares, exactamente. De este modo, podrás ir a una clínica estética y hacerte un *liftado* de rostro y elevar y afirmar un poco tus pechos. Ve mañana mismo sin falta; volveré a ver te dentro de un mes.

—Sí, sí... —Billie se mareó. De pronto, había percibido un perfume denso, penetrante, completamente nuevo para ella.

A través del espejo creyó divisar una sombra oscura, alta, entreviendo también un rostro aquilino, muy pálido. Pero le fue imposible captar más detalles.

—¿Eres de veras... el que dices?

—¿Por qué lo dudas?

—Estas cosas... no suceden hoy día...

—Aquellos a quienes les suceden no suelen divulgarlo. Tú tampoco dirás nada, me parece.

Billie se mordió los labios,

—Creo que... callaré...

—¿Lo ves? Haz lo que te digo...

—Pero ir a un cirujano estético es cosa al alcance de todo el mundo. Cualquiera, con un poco de dinero, puede modificar su aspecto —objetó ella.

—¿Acaso creías que te iba a volver hermosa y deseable con un chasquido de dedos? Tengo que adaptarme a las épocas y actuar en consecuencia. ¡Pero te garantizo que vivirás siempre con tu nuevo aspecto! Muchos, muchísimos años, y siempre estarás hermosa y deseable, como el día en que salgas de la clínica. Eso sí puedo hacerlo, te lo aseguro.

Billie tembló de emoción.

—Nunca lo olvidaré.

—Siempre serás bella y atractiva, a cambio, únicamente, de obedecer mis órdenes.

—Haré todo lo que tú me mandes —prometió ella, ardientemente.

—Bien, en tal caso, nos veremos de nuevo dentro de un mes. Tendrás más dinero para tus caprichos.

—Sí, sí...

—Sobre tu cama encontrarás un papel con las instrucciones que debes seguir puntualmente. Soy el Príncipe de las Tinieblas, Señor del Infierno. Me debes obediencia absoluta y eterna adoración. ¿Lo oyes?

—Sí, mi señor.

De repente, el perfume se acentuó. Billie creyó que todo daba vueltas a su alrededor, y durante unos segundos, perdió la noción de las cosas.

Al recuperarse, corrió hacia la cama.

Sí, allí estaba el papel que le había mencionado el diablo. Lo leyó ávidamente y luego lo guardó en el cajón de la mesilla de noche.

Luego blandió el puño, como si amenazase a alguien, ausente en aquellos momentos.

—¡Ah, maldito canalla! Dentro de un mes, te arrepentirás de haberme dejado por esa zorra —exclamó, mientras pensaba, con morbosa satisfacción, en la burla que iba a hacer del hombre que la había abandonado.

Sería un desquite maravilloso. Sobre todo cuando su ex marido envejeciese y ella continuase siendo joven y atractiva. El mejor de los desquites, pensó, aunque para ello hubiese tenido que vender su alma al diablo.

Era algo que no le importaba en absoluto.

CAPITULO V

La mujer abrió el bolso y sacó una llave, que insertó en la cerradura de una puertecita metálica, situada junto a la de entrada y perfectamente disimulada en el muro.

—Esto desconecta la alarma —explicó, volviendo a medias la cabeza.

Las manos de Hope, situado tras ella, se apoyaron en su carnosa cintura. Amy Forsythe rió, halagada.

—¿Tanta prisa tienes, querido?

—Me siento como el náufrago hambriento, cuando le han rescatado y le ponen delante de una mesa bien provista de comida.

—¡Me vas a devorar! —exclamó ella, fingiéndose asustada.

Hope puso los labios en el cálido hueco del cuello y el hombro, Amy se estremeció.

—Por favor...

Desconectada la alarma, abrió la puerta. Hope entró con ella, sin soltar su cintura.

—Deberíamos tomar antes una copa —propuso Amy. —No —contradijo él.

Sus manos subieron por delante hasta los senos, altos y firmes. Amy volvió a estremecerse.

—Eres... terrible —suspiró.

De pronto, Hope la hizo volverse y buscó su boca. Amy se retorció como una posesa. Sus brazos se enroscaron en torno al cuello masculino y su cuerpo se apretó terriblemente contra el del joven.

—Ricky, Ricky...

Hope empezó a quitarle la ropa.

—Aquí no —protestó ella.

—Entonces, indícame el camino.

La levantó en brazos; sabía que le gustaría. Al fin se había rendido, pensó, satisfecho. Le había costado casi un mes de duros esfuerzos; Amy no había resultado tan fácil como pensó en un principio. Pero, al fin, había conseguido la victoria.

Pasó mucho rato. Hope se incorporó ligeramente en la cama y la miró sonriendo.

—La señora está servida, supongo —dijo.

—Sólo parcialmente —contestó Amy.

—Hay tiempo de sobra. Y ahora, pienso, es el momento de preparar algo de beber. No, no te molestes; yo lo haré.

—Las bebidas están en la sala. Seguramente tendrás que sacar hielo del refrigerador, A la izquierda está la puerta de la cocina —indicó ella.

—Gracias, guapa.

La chaqueta de Hope estaba sobre una silla. Sacó tabaco y encendió un

cigarrillo, que puso mimoso en los labios de Amy. Luego encendió otro. Junto al mechero, oculta por la mano, tenía una pastilla de cera moldeable.

Era un procedimiento ya anticuado, pensó, mientras tomaba el molde de la llave que desconectaba la alarma, pero no encontraba otro mejor por el momento. El bolso de Amy había quedado en la sala y lo dejó como estaba. Luego preparó las bebidas.

Cuando llegó al dormitorio, dejó el molde en el bolsillo de la chaqueta. Amy estaba en el baño.

Retrocedió a la sala. Había algunos cuadros. El segundo, en un rincón, ocultaba la caja fuerte.

Sonrió satisfecho; ya sabía todo lo que necesitaba.

Amy salió minutos más tarde, radiante de belleza, resplandeciente como una diosa. Hope le entregó m vaso alto y levantó el suyo.

—Chin-chin —dijo,

—Por el náufrago que ya tiene menos hambre —rio ella.

Hope recorrió con la vista aquel hermoso cuerpo, de innumerables atractivos.

—No lo creas —contestó—. Estoy más hambriento que nunca.

—¿Es posible?

Hope dejó el vaso a un lado y agarró una de las manos de Amy.

—Ven, voy a demostrártelo en seguida —exclamó ardientemente.

* * *

Con toda ceremonia, Cassius anunció:

—Señor, la señorita Gregor.

Hope estaba leyendo una revista y alzó las cejas.

—Hazla pasar —dijo.

—Bien, señor.

Hope, vestido con una bata corta, de terciopelo rojo oscuro y pañuelo de seda blanca al cuello, se puso en pie cuando la muchacha atravesaba el umbral. Cassius quedó al otro lado.

—¿Quieres traernos café? —solicitó.

—Bien, señor.

Hope salió al encuentro de la visitante. Asió su mano y la hizo sentarse en una butaca.

—Tienes muy mala cara —dijo.

—He estado un mes fuera —contestó ella—. No me ha servido de nada,

—¿Cómo?

—Tuve que marcharme. Necesitaba reflexionar.

—No entiendo nada en absoluto.

Cassius entró en aquel momento, con la bandeja en las manos. Hope salió a su encuentro.

—Deja, yo serviré a la señorita.

—Sí, señor.

Hope vertió café en las tazas. Bebieron en silencio. Prudente, él esperó a que Venus se decidiese a hablar.

Al fin, la muchacha inspiró con fuerza. Sus senos se marcaron reveladoramente bajo la blusa que los cubría.

—La colección Beresford —dijo Venus,

—¡Oh!

Ella se indignó.

—¿Cómo? ¿No sabes decir otra cosa que «¡Oh!»?

—Quizá te gustaría un discurso alabando la virtud de la honradez y los beneficios del trabajo decente.

—¡No seas sarcástico! Esto es más serio de lo que parece. Me ha costado un mes y aún no lo he digerido

—¿Qué es lo que no has digerido?

Venus levantó los brazos.

—¡La maldita colección Beresford! Estaba valorada en dos millones y medio y fue robada, y hasta ahora no se sabe quiénes fueron los ladrones. Pero tú sí los conoces, ¿verdad?

—Como acusado, y apoyándome en la enmienda Quinta de la Constitución, me niego a contestar a esa pregunta, porque puede incriminarme,

—¡No seas estúpido! Mi padre es uno de ¡os ladrones.

—¿Por qué no le dices que se presente a la policía?

—¿Estás loco? ¿Crees que me gustaría verle en la cárcel, con un montón de años de condena?

—Entonces, cállate —dijo Hope, impasible.

—Podrías devolver las joyas ..

—No sé nada de ese asunto.

Venus se puso en pie, con los ojos relampagueantes de furia.

—Escúchame bien —exclamó—. Tú no me importas en absoluto; no eres de mi familia y no te tengo el menor afecto. Pero mi padre sí, me importa y mucho. Pienso que tuvo un mal momento, eso puede pasarle a cualquiera, y que por eso aceptó tomar parte en el robo. Sin embargo, las cosas se pueden arreglar, a poco interés que se ponga en ello.

—No hay nada que arreglar, Venus.

—Pero...

—Dime, ¿has hablado con tu padre?

Ella desvió la mirada.

—No me atrevo —murmuró—. ¡Pero haría cualquier cosa por él!

—Me lo imagino.

—Ricky, ¿qué pides?

—¿Yo? Nada, mujer.

—Estoy dispuesta a todo, si devuelves las joyas. A todo, ¿entiendes?

Avanzó un paso y sacó el busto.

—Soy una mujer muy hermosa —añadió—. Al menos eso es lo que dicen lodos. ¿Qué te parece el precio?

—Maravilloso, pero no me vendo.

—Hay algo que debes saber, por si lo que te he dicho te parece poco.

—¿Sí?

Venus se ruborizo intensamente.

—Pa... parece estúpido en esta época de tanta liberalidad... —dijo, muy turbada—, pero... todavía yo no... no he tenido ninguna experiencia se... sexual... Sin embargo, estaría dispuesta...

—¡Oh, la hija amantísima, dispuesta a sacrificar su virtud por salvar al padre en peligro! —rió él—. ¿Sabes cuál es mi respuesta?

Venus empezó a desabrocharse la blusa.

—No hace falta —dijo roncamente.

De súbito, Hope la agarró por un brazo y la hizo girar en redondo. Luego le arreó una palmada en el redondo trasero. El golpe sonó como un pistoletazo y ella saltó.

—¡Fuera! —gritó el joven.

Venus se quedó atónita por aquella inesperada reacción. De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas. Recogió su bolso y se marchó en silencio.

Hope pateó el suelo con fuerza. «Maldita entrometida», se dijo.

Lo peor de todo era que Venus le gustaba muchísimo. Pero no quería decirle nada hasta que hubiese terminado su tarea.

—La señorita no parece haberse marchado muy contenta —dijo Cassius, desde el umbral de la sala.

Hope hizo una mueca.

—No puede sentirse satisfecha, en efecto —convino.

—Si supiera la verdad...

—Eso es lo malo, que la sabe. Bueno, casi toda —respondió Hope—. Bien, Cassius, esta noche saldré de casa.

—Lo tiene todo dispuesto, supongo.

—Desde luego.

—¿Costó mucho?

Hope recordó a la voluptuosa Amy Forsythe y sonrió.

—Resultó un poco dura de pelar, pero, al fin, fue a la olla —repuso.

* * *

El coche estaba junto a la acera. Hope salió de la casa, atravesó el jardín y entró en el automóvil. Inmediatamente, dio el contacto y arrancó.

Entonces oyó una voz a su espalda:

—De caza, ¿eh?

Hope sonrió.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó.

—Yo también sé cazar. Al acecho, Ricky.

—Sí, lo he visto. —Hope palmeó el asiento derecho—. Anda, ven aquí.

Venus obedeció y se sentó junto al joven.

—¿Quién es el número cuatro? Llevas ya tres: mi padre, Spotter y Keeler. ¿Cómo se llama el cuarto?

—La cuarta —puntualizó él.

—Una mujer.

—Sí.

—¿Formaba parte de la banda?

—La necesitaban.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar alguna vez de las espías hermosas, que sacan los secretos a los oficiales jóvenes y enamoradizos?

—¡Oh! A ella le tocó la misión de espiar...

—Exacto.

—Lo haría bien, supongo.

—El golpe fue todo un éxito.

—Y ahora, tú piensas dejarla desnuda.

Hope contuvo una sonrisa. La víspera había vuelto a estar con Amy. No hacía falta que él la desnudase; ella le había recibido sin la menor prenda de ropa en cima, ansiosa de iniciar la sesión amorosa sin prolegómenos de ninguna clase.

—No me has contestado —se quejó Venus.

—Metafóricamente, así es —admitió Hope.

—Ricky, las joyas valen dos millones y medio. Se necesita un comprador. ¿Lo tienes tú?

—Desde luego. Nunca me habría embarcado en un asunto semejante, sin contar con un comprador.

—Te daré sólo la mitad. O acaso menos..., pero de todos modos, es una suma más que considerable,

—Eso mismo pienso yo. —Hope sacó su pitillera v se la entregó a la muchacha—. Anda, fuma un cigarrillo —invitó.

Venus abrió la pitillera.

—No hay más que uno —exclamó.

—No te preocupes y enciéndelo; siempre llevo un paquete de repuesto en la guantera.

Le entregó el encendedor de oro con sus iniciales, y Venus inhaló profundamente el humo.

—Escucha, no voy a permitir que robes —dijo.

—¿Cómo lo harás?

—Chillando, gritando... Como sea, Ricky.

Ella volvió a fumar. Despertó a la mañana siguiente en su cama.

Cuando se hubo recobrado lo suficiente, tras una larga ducha fría, bajó al comedor. Su padre la miró con severidad

—Venus, tengo que hablarte —dijo.

—Sí, papá.

El señor Gregor dobló el periódico y lo dejó a un lado.

—Hija, no me importa en absoluto que te diviertas, pero hay cosas que no me agradan en absoluto. Soy un hombre comprensivo, de este siglo, y entiendo a la juventud actual, pero, a pesar de todo, hay que evitar pasarse de rosca.

—Pero papá...

—El señor Hope te trajo anoche completamente ebria. Olías a whisky que apestabas.

Venus abrió la boca, estupefacta.

—Pero yo... Papá...

—No digas más, hija —cortó Gregor, furioso—. Lo pasaré por alto esta vez; a fin de cuentas, es la primera. Pero no lo repitas o empezaré a pensar que no mereces mi cariño.

Venus calló un momento. Por dentro, hervía de furia.

Ahora comprendía que Hope había sido infinitamente más listo que ella.

Incluso era posible que la hubiera visto meterse en el coche.

Entonces había tenido tiempo más que suficiente para prepararle el cigarrillo con narcótico. Luego, un poco de whisky derramado por las ropas y...

Apretó los labios. Sentía ganas de llorar, pero logró dominarse.

Hope pagaría cara aquella burla, se prometió a sí misma. No lo olvidaría jamás.

—Papá —dijo con acento lleno de humildad—, puedes estar seguro de que lo que me pasó anoche no se repetirá jamás,

—Eso es suficiente, hija —contestó Gregor, más calmado—. Anda, desayuna y olvídalo todo. Yo ya lo he olvidado también.

«No, no olvidaré esta jugarreta, Ricky Hope», pensó la muchacha. A estas horas, otro lote de joyas había sido robado y estaba en poder del ladrón que robaba a otros ladrones.

* * *

—¿Balt Hoxbury? —Repitió el teniente Ruggles—. ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo, Ricky. ¿Por qué te interesas por ese tipo?

Hope se encogió de hombros, sentado junto a su amigo policía.

—Curiosidad, Phil —dijo,

Ruggles le miró de soslayo.

—Profesional, me imagino,

—Claro.

—Bueno, el nombre me suena bastante, aunque ahora hace algún tiempo que he dejado de escucharlo. Ya no actúa en el teatro.

—¿Cómo?

—Su nombre artístico era El Gran Brujo. Tenía a su cargo un número de

magia y prestidigitación. Lo hacía bastante bien, aunque he visto otros mucho mejores. Quizá se cansó o las cosas empezaron a rodarle mal. No sé dónde puede estar; lo único que puedo decirte es que ya no trabaja en el Granada,

—Bueno, en realidad, no era cosa de gran importancia —sonrió Hope—. Sólo quería preguntarle...

De pronto, se calló, con la vista fija en una mujer que acababa de entrar en el bar.

—Creo que la conozco —dijo.

Ruggles sonrió, a la vez que le daba un codazo.

—Entonces, ¡a por ella! —Se apeó del taburete y deseó—: ¡Buena caza, Ricky!

Hope se levantó también y salió al encuentro de la mujer.

—¿Billie Bowers?

Ella le miró unos instantes.

—Ricky Hope —exclamó.

—El mismo —contestó él, alegremente—, Billie, ¿de dónde sales? ¿En qué sitio te han quitado veinte años de encima?

—¿De veras me encuentras joven, Ricky? —preguntó ella, halagada.

—Esplendorosamente joven, te lo juro.

Billie soltó una risita.

—A pesar de todo, sigo siendo una cuarentona —manifestó.

—De lo más apetitoso —dijo él—. Tu marido estará contentísimo...

Billie torció el gesto.

—No me hables de ese bastardo —pidió—. Se divorció de mí y me dejó poco menos que en la calle.

—Vaya, nunca me hubiera imaginado una cosa semejante de Arthur Bowers —exclamó Hope.

—De él puedes imaginarte todo lo que quieras y más, Ricky. Ahora, por fortuna, soy una mujer libre y… Pero ¿no me invitas a una copa?

Hope se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, qué estúpido soy! Perdóname, Billie; me has dejado sin capacidad de reacción. Francamente, la última vez que te vi, hace algunos meses, estabas desconocida, avejentada...

—Desmoralizada y pensando en la peor de las soluciones: el suicidio —añadió ella—. No sólo me dejó mi marido sino que, como además es abogado, ha sabido hacerlo bien, para que me quedase poco menos que en la calle.

—Si ahora te viese, se arrepentiría de su decisión. Oye, ¿cómo lo has conseguido? ¿Alguna fórmula nueva, quizá?

—Si te lo dijese no me ibas a creer, de modo que no preguntes más. Has hablado de una copa, me parece recordar.

Hope alzó la mano y llamó a la *barmaid*. Luego, dijo:

—Me gustaría celebrar el encuentro, —Miró el profundo valle que se advertía a través del amplio escote del vestido—. Antes has dicho que te considerabas completamente libre.

—Y es cierto —contestó ella, mirándole a través de los párpados entornados—. Soy libre y no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos, Ricky.

Levantó su copa y sonrió. Hope sonrió también.

—La siguiente, en tu casa —propuso.

—De acuerdo —aceptó ella.

* * *

El empleado del teatro oyó el nombre y meneó la cabeza:

—¿Hoxbury? —repitió—. Lo siento, hace mucho tiempo que no le he visto.

—Pero trabajaba aquí —dijo Hope.

—¡Oh, sí, desde luego! Sin embargo, un buen día dejó de venir. No avisó a nadie; simplemente, no se presentó a la hora de la función. El director dijo que lo iba a demandar por incumplimiento de contrato, aunque no sé en qué va a terminar la cosa. Ya ha pasado bastante tiempo.

Hope meditó durante unos instantes y acabó por sonreír.

—Está bien, muchas gracias, amigo —dijo.

Salió a la calle por la puerta de artistas. De todos modos, ¿qué importancia podía tener Hoxbury? Se le había ocurrido cierta posibilidad, aunque lo consideraba como una simple coincidencia. Muy pensativo, echó a anclar por el callejón, hacia la Calle 42. De pronto, oyó una voz sarcástica a sus espaldas:

—¿Te ha dado calabazas la corista?

Hope se detuvo en el acto. Sin volver la cabeza, contestó:

—Buscaba a un hombre —repuso.

—Un chivato, supongo.

—Tal vez.

—Ricky, eres un cerdo.

Hope sonrió.

—¿Qué dijo tu padre?

—Se puso como una fiera. ¡Mira que hacerme pasar por una borracha!

El joven se volvió. Venus estaba encantadora, con un vestido de colores suaves, de manga corta y falda hasta la rodilla. El mismo diseño, deliberadamente anticuado en algunos años, la hacía aún más atractiva.

—Anda, vamos a tomar algo juntos —propuso, a la vez que la asía de un brazo.

—Pediré para ti ácido sulfúrico con clavos —dijo ella.

—Y yo tomaré la pócima a gusto, sabiendo que mi última mirada es para la mujer más hermosa del mundo,

—¡Ja, ja! ¿Le dijiste ¿o mismo a la fulana del otro día?

—¿Qué fulana?

—Esa de la cara estirada y los pechos elevados. Hombre, salta a la legua;

se ha gastado un montón de pasta en la cirugía estética.

—Pues no se le notaba en absoluto —dijo Hope, un tanto desconcertado, porque ahora ya sabía el método empleado por Billie Bowers para recobrar su aspecto juvenil.

—Sobre todo si apagó la luz —exclamó ella, cáustica mente.

—No apagamos ¡a luz, curiosa.

—¿Y sigues con el estómago sano?

Hope movió la cabeza.

—Tienes un genio infernal —comentó.

—En buena parte, tú tienes la culpa, por ser un ladrón.

Un guardia pasaba en aquellos momentos junto a la pareja y volvió la cabeza vivamente al oír aquella palabra. Hope se percató del gesto y sonrió.

—No le haga caso, agente —dijo—. Mi novia se refería a su corazón, que se lo tengo robado.

—A mí también me gustaría robar una prenda semejante —contestó el policía, con cara de buen humor.

Venus le sacó la lengua al joven.

—Eso es algo que no conseguirás jamás —aseguró—. ¿Dónde tomamos la copa?

—Aquí mismo —contestó Hope, señalando un bar que les salía al paso. Y después de que les hubieron servido, preguntó—: ¿Hasta cuándo vas a seguirme, Venus?

—Hasta tu próximo golpe.

—¿Piensas desbaratarlo?

—Cuenta con ello.

—Muy bien, tendré presente tu advertencia. Pero puede que vuelvas borracha a tu casa.

—La próxima vez no caeré en la trampa.

—¿Qué te apuestas? —preguntó él.

—No tengo mucho dinero...

—Tienes algo que vale mucho, Venus.

Ella le miró fijamente. De pronto, se puso colorada como una guinda.

—Saco de lujuria, repugnante sátiro, quítate de mi vista inmediatamente o no respondo de mí. Pero ¿es que has creído que iba a poner eso en juego?

—¿Y por qué no? Es una prenda que vale lo suyo, me parece.

—Me dan ganas de escupirte a la cara.

—Hazlo, si eso te tranquiliza. Pero no te interpongas en mi camino, Venus.

Ella se apeó del taburete.

—Haré que fracase tu próximo golpe —dijo rabiosamente.

Hope se quedó solo y contempló con aire melancólico la copa que Venus había dejado casi intacta.

—No haga caso a las mujeres, señor —dijo el barman, con acento compasivo—. No merece la pena complicarse la vida por ellas.

—Lo malo es que ellas nos la complican sin que se lo pidamos —

respondió Hope, con aire resignado.

Dio una buena propina y se marchó a la calle, pensando en que de nuevo le convenía una segunda visita al apartamento de Janice Edgellton. Se le había ocurrido una idea y quería comprobarlo.

* * *

Cassius abrió la puerta, tras oír el timbre de llamada, y se encontró frente a Venus Gregor,

—¿Está el señor en casa? —preguntó la muchacha.

—Sí, señorita.

—Deseo verle, Cassius.

—No sé si podrá... Ahora está ocupado...

—Es muy urgente. Por favor.

La voz de Hope surgió del interior del apartamento:

—Déjala pasar, Cassius.

—Muy bien, señor.

—No se moleste —dijo Venus—. Conozco el camino.

Echó a andar, pero, de pronto, se volvió hacia el criado.

—Dígame, ¿es cierto que lo robó a usted en África y que es su esclavo?

Cassius se inclinó gravemente.

—Completamente cierto, señorita —respondió.

Venus se quedó desconcertada. ¿Acaso amo y criado pretendían burlarse de ella?

Dejó de lado aquel problema; tenía otro más importante en su mente. Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta que daba a la sala. Entonces presenció un espectáculo fantástico.

La estancia estaba alumbrada por una luz rojiza, de siniestras tonalidades. En el centro había un gran brasero de metal, del que se desprendía una intensa humareda.

De pronto, el rostro de un hombre apareció flotando en el aire.

—Dime, osada mujer, que te atreves a invadir mis dominios, ¿qué quieres de mí? —sonó una voz cavernosa en los tímpanos de la muchacha.

Venus sintió un escalofrío de miedo. ¿A qué diabólicos conjuros se entregaba el dueño de la casa? ¿Quién era, realmente, Ricky Hope?

Fijó la vista en el rostro que flotaba en la atmósfera. Parecía Ricky...

De pronto, lo vio reír. Y oyó su risa, que parecía surgir de lo más profundo del infierno.

CAPITULO VII

Aterrada, Venus retrocedió.

El miedo y el instinto le hicieron santiguarse.

—Aparta de mí, maldito —dijo—. Vuelve a tu sitio, Satanás,

Se oyó una alegre carcajada. La luz roja desapareció y se encendieron las normales. Hope apareció ante los asustados ojos de la chica.

—Fantástico, ¿verdad?

Ella se relajó.

—Por un momento he creído ver al diablo en persona confesó.

—Un truco de magia —contestó él—, Mucho humo, con algo de perfume oriental, una filmación, con so nido... y el ambiente, claro.

—Y todo eso, ¿por qué, Ricky?

—Tengo interés por saber qué hubo en la muerte de una persona a la que sólo llegué a conocer una vez y que resultó muy interesante. Algún día te lo explicaré, Venus.

Hope abrió las ventanas de la sala, a fin de que se ventilara la atmósfera. Luego buscó cigarrillos.

—No está narcotizado —sonrió, al entregarle uno.

—Por si acaso, prefiero fumar de mi tabaco —dijo ella.

—Como gustes. Permíteme, voy a pedir a Cassius que nos sirva un poco de café. ¿O prefieres un aperitivo? Es casi la hora de la cena.

—El aperitivo mejor.

—Tú mandas, Venus.

Hope tocó un timbre y el criado apareció a los pocos momentos. Cassius sirvió los martinis en su punto, cosa que la muchacha apreció complacidamente.

—Y bien —dijo él—, has venido aquí, pero todavía no me has dicho a qué.

Venus sonrió maliciosamente.

—Conozco el nombre de tu próxima víctima —declaró.

—No me digas. ¿Quién es?

—Walt Peacock,

El rostro de Hope permaneció inmutable.

—No conozco a ese señor —dijo.

—Hoy mismo ha hablado con mi padre —manifestó la chica—. Le he visto muy preocupado. Aunque los dos se metieron en el despacho, pude captar algunas frases reveladoras.

—¿Por ejemplo?

—Peacock dijo: «Hicimos un mal negocio. Tenemos un elefante blanco y no sabemos cómo deshacernos de él. Cada vez que las miro, me parece que me queman las manos.» Y mi padre contestó: «Ten paciencia, Walt; esto no puede durar mucho. Es cuestión de unos cuantos meses más.» Las alusiones son clarísimas, ¿no?

En aquel momento sonaron unos nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo Hope.

Cassius abrió.

—Perdone el señor que le interrumpa, pero deseo consultarle algo sobre la cena. ¿Pongo otro cubierto para la señorita Venus?

—Por mi parte, sí; pero es ella la que debe decidirlo,

—No hay inconveniente, Cassius —dijo la muchacha.

—Gracias, señor; gracias, señorita.

El criado se retiró y Venus volvió a enfrentarse con el joven.

—¿No me contestas, Ricky?

—¿Lo has comentado con tu padre?

—No.

—Entonces, lo siento. Mientras no te franquees con el autor de tus días, yo me negaré a hacerte la menor confidencia. Espero que comprendas mi posición. Venus.

—Muy bien, pero yo te diré una cosa: voy a impedirte que robes a Peacock por todos los medios. ¿Está bien claro?

—Muy bien, virtuosa señorita. —En la estancia contigua sonó un gong—. Nos avisan para la cena. ¿Lista? —dijo Hope, a la vez que ofrecía el brazo a su invitada.

Venus aceptó el brazo. Cassius abrió las dos puertas correderas que había en aquella pared y se echó a un lado.

—Deberías haberte puesto traje de etiqueta y yo un vestido largo —dijo la muchacha, mientras se sentaba en una de las cabeceras de la mesa, ayudada por su anfitrión.

—¡Oh, me has pillado por sorpresa! —Contestó él— La verdad es que iba a contentarme con un simple bocadillo; pero puesto que eres mi huésped, Cassius, adivinando mis pensamientos, ha preparado una cena de gran gala.

—Espero poder felicitarle después, Cassius —dijo Venus, dirigiéndose al criado.

—Ese será mi mejor orgullo, señorita —contestó el sirviente, a la vez que hacía una profunda inclinación

La cena resultó agradable y entretenida. Hope apareció a los ojos de Venus como un magnífico conversador y ella se sintió mejor, más libre de sus preocupaciones, aunque no del todo. Luego, una vez hubieron terminado, Cassius dijo que serviría el café y los licores en la sala.

—Veremos la televisión —propuso Hope—. Hoy ponen una película interesantísima: Caballero y ladrón, interpretada por...

—No, no sigas; conozco el argumento —rió la muchacha—. La vi hace años y me gustó muchísimo.

—Entonces, no te importará repetir.

—En absoluto.

Cassius puso en funcionamiento el televisor y se dispuso a servir el café, que tomaron mientras veían la película. Un cuarto de hora más tarde, Venus

empezó a bostezar.

—Parece que es más aburrida de lo que creías —comentó Hope,

—No... Es muy entretenida... Dispensa, Ricky.

—De nada, encanto.

De súbito. Venus se quedó dormida. Hope se levantó de un salto.

Silbó tenuemente. Cassius apareció a los pocos instantes.

—¿Ya, señor?

—Sí. ¿Cuánto le durará?

Cassius consultó su reloj de pulsera.

—Despertará alrededor de las dos, señor —respondió.

—Muy bien —dijo él— Voy a cambiarme de ropa. Vigila, por si acaso.

—Bien, señor.

* * *

Hope regresó a la una y media. Cassius salió a su encuentro.

—¿Todo bien, señor?

El joven le guiñó un ojo, a la vez que juntaba en círculo el índice y el pulgar.

—Perfecto —contestó.

—Lo celebro, señor. ¡Ah! Ella sigue durmiendo.

—Muy bien, voy a cambiarme de ropa. ¡Ah! Cambia la hora de todos los relojes de la casa. ¿Cuánto dura la proyección?

—Ochenta y cinco minutos, señor.

—Ajusta los tiempos adecuadamente.

—Sí, señor.

Hope corrió a su dormitorio y arrojó la bolsa con las joyas debajo de la almohada. Luego se puso las ropas que llevaba antes y regresó a la sala.

Miró el gran reloj de péndulo: señalaba las diez y veinticinco minutos. Ajustó el suyo y comprobó el de Venus. La muchacha había sido tendida en el diván para evitarle dolores musculares, por una mala postura, y la sentó suavemente, dejándola como estaba después de tomar el café.

En la pantalla del televisor, la película se acercaba a su desenlace final. Cassius apareció a poco.

—He arreglado también el reloj del coche de la señorita —bisbiseó.

—Magnífico —aprobó Hope.

Y se sentó junto a la muchacha, con un cigarrillo en los labios.

Venus se despertó a poco y estiró los brazos voluptuosamente.

—¡Ah, qué bien he dormido...! ¡Oh, esto no es mi casa! —exclamó.

Hope rió a su lado.

—Estás en la mía —dijo—. Te quedaste dormida después de tomar café. Mira, la película está a punto de acabar.

Ella consultó su reloj de pulsera. En el gran carillón, sonó la campanada de la media.

—Vaya, me he perdido el espectáculo —dijo, un tanto decepcionada—. Ricky, con tu permiso, voy a retocarme el pelo un poco.
—Claro.
Venus salió a poco y sonrió.
—¿Sabes? He llegado a pensar que me habías narcotizado de nuevo —dijo—. Pero ya veo que esta vez te has portado como un caballero.
—¡Por Dios! —sonrió él—. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?
—No, gracias; no es necesario que te molestes. —Venus se acercó a la puerta y se volvió un instante—. A pesar de todo, sigo manteniendo mi promesa: no pienso consentir que robes a Peacock.
—Admiro tu decisión —contestó Hope.
—Ya lo verás. Me reiré muchísimo cuando te vea fracasar.
—Estoy seguro de ello, encanto.
Momentos después, Venus hacía arrancar su coche. Aquella noche, se dijo, había evitado que Hope robara unos cuantos cientos de miles en joyas. No se lo permitiría más, le acosaría implacablemente y...
«¿Y luego?», se preguntó.
¿Le forzaría a devolverlas?
Hope no parecía muy decidido a ello. ¿Debía denunciarlo a la policía?
Entonces, él delataría a su padre. Y los dos irían a la cárcel, perspectiva que no le gustaba en absoluto.
Sumamente preocupada, entró en su casa y se dirigió a su dormitorio, situado en el primer piso. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, vio aparecer a su padre, en bata y zapatillas.
—Hola, hija,
—¿Qué tal, papá? —sonrió la muchacha.
Gregor aspiró el aire.
—No has bebido. Me alegro —dijo.
—He estado cenando con un buen amigo. Tomamos café y vimos la televisión, eso es todo. No vengo demasiado tarde, me parece; son poco más de las once...
—Muchacha, tu reloj atrasa —dijo Gregor—. Son casi las dos y media.
—¡Oh, papá, no bromees!
Gregor alargó la muñeca izquierda.
—¿Quieres comprobarlo?
Venus se quedó paralizada un instante. Miró primero su reloj y luego el de su padre. Recordó: en el baño del apartamento de Hope había un reloj eléctrico y marchaba de acuerdo con el suyo, lo mismo que el carillón de la sala.
De pronto, echó a correr hacia abajo. Llegó al vestíbulo y fijó la vista en el gran reloj de pared que había en uno de los muros. Durante unos segundos, estuvo con la boca abierta, negándose a creer en lo que veía.
—¡Qué granuja! —murmuró al cabo. De repente, rompió a reír estridentemente; pero a los pocos instantes, la risa se trocó en llanto. Una vez

más, había sido engañada. Hope se había salido con la suya.

* * *

—Tengo que darte una noticia —dijo el teniente Ruggles.

—Adelante, Phil, te escucho; pero, por favor, sé breve —contestó Hope.

—Tienes alguna cita, ¿eh? —dijo el policía maliciosamente—. Bueno, no te entretendré demasiado. Se trata de Jay Keeler.

—Se mató en un accidente de automóvil.

—Provocado.

—¿Cómo? —respingó el joven.

—La verdad, no era incumbencia de mi departamento, pero me han pasado el caso. Los de Tráfico investigaron, como era su deber, y pudieron conseguir algunas declaraciones.

Varios testigos dijeron haber visto, antes de que el coche se saliera de la carretera, una vivísima luz en el interior. Luego, el automóvil se desvió, pero ya ardía entonces.

—No entiendo cómo pudieron hacerlo.

—Los de Tráfico ordenaron un examen exhaustivo de los restos del coche. Hoy me han entregado el informe. Se encontraron rastros de magnesio.

—Y eso, ¿qué significa?

—Una trampa diabólica, Ricky. La carga de magnesio fue incendiada por una señal de radio. El fogonazo inflamó a su vez, o acaso lo hizo a una mecha muy corta, el combustible contenido en un recipiente situado bajo la tapa del motor y en comunicación con el asiento delantero. El incendio del coche resultaba así inevitable.

Hope se acarició la mandíbula.

—Spotter, asesinado a balazos; Keeler, muerto en accidente de tráfico —dijo—. No es una simple coincidencia, ¿verdad, Phil?

—No, no lo es —convino el policía. Palmeó los hombros de su amigo—. Bien, tú tienes una cita y yo tengo mi trabajo. Te veré en otro momento.

—Gracias, buen amigo.

Hope había pedido una taza de café y la tomó, sin saborearlo apenas. La información que el policía acababa de darle le preocupaba extraordinariamente.

Al cabo de unos momentos, abandonó la cafetería Iba a hacer una visita, pospuesta durante algunos días Quizá le convenía olvidar un poco sus problemas.

* * *

Llamó a la puerta, pero la dueña de la casa no dio señales de vida. Hope frunció el ceño; le parecía muy extraño que Billie Bowers se encontrara ausente en aquellos momentos.

Podía esperar su regreso, se dijo. Sabía cómo abrir la puerta sin llave y lo

hizo rápidamente. Cerró de in mediato, avanzó unos cuantos pasos y se quedó clavado en el suelo, como si de repente se hubiera convertido en una estatua de piedra.

Sus ojos estaban fijos en un brasero de metal, en el que apenas si quedaban ya más que cenizas. El olor, sin embargo, persistía, a pesar de que la ventana estaba abierta. El recordaba muy bien aquel perfume.

Sintió frío. ¿Adónde había ido Billie?

Angustiado, se preguntó quién era el infeliz sentenciado a muerte.

Porque no le cabía la menor duda de que alguien iba a morir.

Eran cinco los candidatos. De pronto, reaccionó y corrió hacia el teléfono.

Hizo varias llamadas frenéticas, aunque omitiendo dar su nombre. Las respuestas fueron de lo más variado, desde el que le insultó procazmente, hasta el que le mandó a visitar un psiquiatra. Hubo uno que levantó el teléfono y lo dejó descolgado.

Descorazonado, se sentó unos momentos en una butaca. Pasados algunos minutos, se levantó en pie y empezó a registrar la casa.

Un cuarto de hora más tarde, encontró el proyector cinematográfico, con el altavoz correspondiente, y la caja de control de radio, que permitía su funcionamiento a distancia.

—¡Maldito tramposo!

En el mismo momento, dos manos se cerraron en torno a su garganta.

Sorprendido, Hope intentó defenderse, pero todas las ventajas estaban de parte de su atacante. Forcejeó vivamente, sin conseguir el menor resultado.

Empezó a notar la falta de aire en sus pulmones. Chispas de color rojo bailaron una danza frenética en sus retinas. Poco a poco, sintió que perdía las fuerzas y sus rodillas se doblaron, a la vez que las manos caían a los costados.

Repentinamente, oyó un grito de mujer.

La presión de las manos sobre su garganta cesó Hope acogió jubilosamente el chorro de aire que llegaba a sus pulmones, volviéndole a la vida.

Vagamente, oyó ruidos extraños: una silla derribada, una queja femenina, una puerta que se cerraba con gran violencia... A gatas, en el suelo, trató de recuperarse, tosiendo espasmódicamente, a la vez que sentía un vivísimo dolor en la garganta.

Ella se arrodilló a su lado.

—Ricky, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí, cada vez mejor... Has llegado justo a tiempo de salvarme la vida, Billie.

—No soy Billie, tonto —dijo ella.

CAPITULO VIII

Venus fue a la cocina y volvió con un vaso de agua, parte de cuyo contenido ingirió el joven dificultosamente. Luego empezó a darse masajes en el cuello dolorido.

—Un minuto más y no lo cuento —dijo más tarde.

Venus estaba en pie, con las manos en los costados y los pies separados.

—Vaya una manera de meterse en líos —sonrió—. ¿Quién era el tipo? ¿El marido ofendido? ¿Algún amante celoso?

Hope señaló con la mano un hueco disimulado en la pared.

—Venía a buscar eso —contestó.

—¿Un proyector de cine?

—Sí, parecido al que yo usaba el otro día, cuando creíste que estabas viendo al diablo.

—¡Oh! Pero ¿por qué ha hecho ese individuo una cosa semejante?

—Eso es lo que me gustaría saber, aunque me figuro lo que puede suceder, si no ha sucedido ya.

—Si no te explicas un poco mejor...

Hope paseó la vista a su alrededor.

—Antes de seguir adelante, dime: ¿has visto la cara del hombre que quería estrangularme?

—No muy bien. Cuando le vi con las manos en tu cuello, grité. El te soltó entonces y arremetió contra mí, con la cabeza gacha, como si fuese un toro, y me derribó, aunque sin hacerme apenas daño. Creo que lo único que quería era escapar.

—Pero viste algún detalle...

—¡Oh, sí! Me pareció alto, delgado, muy musculoso, sin embargo. El pelo era negro, terminado en un gran pico en la frente, como Drácula. Es todo lo que puedo decirte.

Hope se mordió los labios.

—Pudiera ser él, pero ¿qué objeto tiene lo que está haciendo? ¿Por qué esos crímenes?

—No entiendo nada en absoluto —dijo Venus.

Hope levantó los ojos hacia la muchacha.

—Dime, ¿qué hacías tú aquí? —preguntó.

Ella se sonrojó.

—Te seguía. Me pareció que tardabas demasiado y decidí entrar a ver qué hacías.

—Suponte que la dueña del apartamento no hubiera estado fuera.

—¡Oh! Me habría disculpado y me hubiese marchado tan tranquila. Pero como no ha sido así... ¿Es que te gustan las mujeres que se hacen la cirugía estética?

Hope hizo una mueca.

—Es una buena amiga —contestó de mala gana.
—Ya —dijo Venus, sarcástica—. ¿Piensas esperarla?
—Pues no sé... —De pronto, se le ocurrió una idea—. Aguarda un momento, por favor.
Hope se acercó al proyector y lo puso en funcionamiento para rebobinar la película. Comprobó los controles y luego regresó al centro de la sala.
Junto al brasero había una pequeña bandeja, en la que todavía quedaban un puñado de polvos de color blanquecino, un tanto grisáceo. Puesto que las brasas estaban ya completamente apagadas, Hope recurrió al expediente de quemar un puñado de hojas de periódico, que encendió de inmediato.
—Venus, corre las cortinas, por favor.
Ella obedeció. Hope arrojó a las llamas un buen puñado de aquella sustancia pulverulenta y luego encendió una lámpara roja situada en un rincón. Acto seguido, puso en marcha el proyector.
Un rostro infernal apareció de inmediato, flotando la atmósfera.
—¡Soy el Señor de las Tinieblas y estoy aquí para hacerte inmensamente feliz, y darte todo lo que desees: belleza, vida infinita, amor... Pero recuerda la orden que te di el otro día: ¡mata a Leacock!
—¡Leacock! —repitió Hope, aterrado.
—¡Dios mío! —exclamó la muchacha.
De pronto, se precipitó sobre el teléfono y marcó un número. Al levantarlo, percibió una señal inconfundible: alguien, al otro lado, estaba comunicando.
—¿Qué hacemos, Ricky? —consultó, después de informarle de lo que sucedía.
—No hay más que una respuesta —dijo él—. Antes le llamé y dejó colgado el teléfono. Supongo que después cortó la comunicación y volvió a descolgarlo. Tenemos que ir a su casa, Venus.
Ella echó a correr hacia la puerta.
—¡Aguarda! —pidió Hope—. Hemos de llevarnos el proyector. Será una prueba contra el asesino.
—Pero ¿quién es?
—Hemos visto muy poco. Más tarde, repetiremos la proyección en una pantalla normal. Así podremos captar más detalles.
—Sí, tienes razón. —Venus se retorció las manos—. Pensar que alguien quiere asesinar a Leacock...
—No sucederá, a poco que podamos evitarlo —contestó él, ceñudamente.

* * *

Soplaba una fresca brisa que hacía ondear las cortinas. En la penumbra de la sala, Walt Peacock sonrió, mientras entregaba una copa a su bella invitada.
—Deseo que esto que ha sucedido vuelva a repetirse —dijo.
Billie Bowers le dirigió una cálida mirada; por encima del borde de su copa.

—Es un deseo muy legítimo —sonrió.
—¿Se repetirá?
—Sí, seguro.
Lentamente, ondulando de forma provocativa, avanzó hacia la terraza. Peacock la siguió, ardoroso como un adolescente.
—¿Por qué te marchas tan pronto? —preguntó, mientras pasaba un brazo en torno a la cintura de la mujer
—¿Tan pronto? —repitió ella, como un eco,
—Sí. El tiempo se me ha pasado en un soplo...
Billie sonrió de un modo extraño.
—El tiempo se ha acabado —dijo.
—¿Cómo?
Ella se inclinó sobre el parapeto. La calle estaba a treinta pisos más abajo.
—Eh, ¿qué pasa allí? —exclamó de pronto, a la vez que alargaba la mano,
Peacock se inclinó, curioso. Billie retrocedió un paso cautelosamente. Luego, de pronto, se inclinó y, agarrando los tobillos del hombre, lo hizo voltear por encima del parapeto.
Se oyó un grito agudísimo. Billie no se asomó fuera de la terraza. En lugar de ello, mientras su víctima descendía con creciente rapidez hacia la muerte, fijó la vista en un punto infinitamente distante y exclamo:
—¡He cumplido tus órdenes, mi señor!
Un alarido, proferido por decenas de gargantas al mismo tiempo, llegó desde la calle, pero Billie ya no lo oyó.
Hope vio a lo lejos el chisporroteo de las luces de los coches de patrulla de la policía y empezó a temer lo peor. Una ambulancia llegaba en aquel momento, con gran estridor de su sirena.
Un guardia les hizo detenerse antes de llegar al lugar donde había tanta gente congregada. Hope arrimó el coche a la acera.
—Temo que hemos llegado demasiado tarde —dijo.
Venus se sentía de acuerdo con el joven y asintió con la cabeza. Hope paró el motor, abrió la portezuela y se apeó. Ella lo hizo por el otro lado. Junto al joven, corrió hacia el lugar donde la gente se agolpaba y hacía toda clase de comentarios.
Brillaron los flashes de un par de fotógrafos. Un hombre se alejaba de allí y Hope levantó la mano para detenerle.
—Perdone, amigo —dijo—. ¿Puede decirme qué ha pasado?
—Nada, un tipo que se ha tirado desde el piso treinta. Se ha hecho tortilla.
Un policía se llevaba a una mujer, que apenas si podía sostenerse.
—Fue horrible —decía ella—. Oí un grito, levanté la vista, vi una sombra que caía... y luego el espantoso ruido del choque de su cuerpo contra el asfalto... Yo estaba a cuatro pasos...
—Por aquí, señera —dijo el guardia, compasivo—, Ahora le daremos algo para que se sienta mejor.
Hope se abrió paso a viva fuerza. Dos sanitarios cubrían en aquel momento

un bulto informe y ensangrentado con una sábana blanca, que se tiñó de rojo por varios sitios. Un poco más adelante, un sargento escribía algo en su libreta.

—Sí, el nombre era Peacock —dijo a alguien que estaba atento a la radio de uno de los coches de patrulla—. Informa así a la Comisaría. Walter Peacock. Supongo que suicidado, porque las primeras impresiones son que no se le conocían enemigos...

Hope captó aquellas palabras y no quiso seguir escuchando, Inmediatamente, retrocedió para encontrarse de nuevo con Venus.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva. Hope asintió.

—Sí, es Peacock —confirmó.

Venus vaciló ligeramente. Hope la sostuvo por un brazo.

—¿Qué... qué podemos hacer? —preguntó ella, con voz insegura.

El joven la empujó hacia el coche.

—No ha sido suicidio y tú y yo lo sabemos —contestó.

—Tiene todas las características del crimen que cometió Janice Edgellton. Esa sustancia que vimos arder tiene, sin duda, una potente droga narcótica, que influencia la mente de un modo decisivo,

—Sólo la de las personas que están dispuestos a aceptar una patraña semejante —puntualizó el—. Y, probablemente, después de varias sesiones, con lo que en la mente del sujeto afectado se crea una especie de reflejo condicionado, que le lleva a actuar en el momento en que recibe la orden. Tú y yo hemos respirado los vapores de esa droga y no nos ha pasado nada, ¿verdad?

—Por supuesto. Sí, creo que tienes razón, Ricky. Pero ¿recordará ella que ha cometido un crimen?

Hope meditó un momento.

—Es probable que en estos instantes siga aún sometida a la influencia del hombre que le ha ordenado matar a Peacock —dijo al cabo—. Creo que no conseguiríamos nada; de modo que lo mejor será posponer la entrevista para mañana.

—Puede que sea lo mejor —convino la chica—. Te aconsejo que hagas una cosa.

—Dime, Venus.

—Quizá ella siga sin recordar nada. Llévale los periódicos con la noticia.

—Sí, es una buena idea. Ello provocará un shock en su mente y la hará volver a la realidad.

—Y luego, naturalmente, llama a la policía.

—Desde luego.

De pronto, Hope se enfrentó con el joven.

—Dime, Ricky, ¿cuándo piensas repetir la filmación? Yo creo que deberías hacerlo hoy mejor que mañana. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—¿Y enfrentarme con tu padre?

—¡Oh, Ricky! No es un ogro —contestó ella.

—Por supuesto. El ogro, en todo caso, lo eres tú.

—No me negarás que, a veces, tengo razones para enfadarme. Lo que me hiciste la otra noche fue una verdadera villanía.

Hope sonrió.

—Pero estuvo bien tramado, ¿verdad?

Ella se puso las manos en los costados.

—Tienes un criado verdaderamente astuto. ¿Cuándo le dijiste que me pusiera el narcótico en el café?

—Cassius sabía que yo tenía que salir y se dio cuenta de que tu presencia podía alterar mis planes, que debía realizar puntualmente, ya que la víctima iba a estar fuera de casa esa noche.

—Entonces, se anticipó a tus deseos.

—Exacto.

—¿Y la película?

—Mujer, estaba tomada en el grabador de video de mi televisor. Tú ya sabes cómo funciona eso; lo mismo que una cassette de un magnetófono...

—Sí, lo sé de sobra. Y, además, alteraste la hora de mis relojes, incluyendo el mío y el de mi coche.

—Resultó divertido, ¿no?

—A veces te odio a muerte, Ricky. ¿Sabes? Voy a dejar que robes todas las joyas de la colección Beresford.

—¿Y después?

—Te plantearé un ultimátum: devolverás las joyas o no me tendrás en tus brazos en todos los días de tu vida.

Hope entornó los ojos.

—Es un trato muy satisfactorio —aceptó—. Levanta la mano derecha y júralo.

—Lo juro —dijo ella.

—Yo también. Pero ahora tenemos cosas más urgentes que hacer.

—¡Es cierto! Vamos a tu casa.

Regresaron al coche. Hope fue a sacar las llaves del bolsillo, pero en aquel instante se dio cuenta de que las había dejado puestas, a causa de las prisas. Repentinamente, se sintió acometido por un tétrico presentimiento…

Las llaves estaban en su sitio. Las quitó y fue a la cola del coche para abrir el maletero. Apenas lo hubo hecho/miró a la muchacha.

Venus captó en el acto la expresión del rostro del joven.

—¡Han robado el proyector! —exclamó.

Hope asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Un tipo listo —dijo—. Adivinó que vendríamos aquí, por lo menos yo, y decidió adelantarse.

—No cabe la menor duda: es listo como el demonio.

De pronto, Hope sintió un escalofrío de terror.

—Pero ahora sabe que tú irás a ver a la señora Bowers y tratará de evitar que hables con ella —exclamó.

Hope se sentó tras el volante. Hope corrió a ocupar el otro asiento.

—Hemos de impedir que le pase algo —dijo él, ceñudamente.

CAPITULO IX

Sonó el teléfono. Billie Bowers, vestida solamente con una bata, cruzó la estancia y levantó el aparato.

—Soy la señora Bowers —dijo.

—Yo soy el que soy, tu señor —sonó una voz de ultratumba en los oídos de la mujer—. Sé que has cumplido mis órdenes y te lo agradezco.

—Me lo mandaste y obedecí —contestó ella.

—Quiero darte mi recompensa. Escucha con atención.

—Sí, mi señor.

—Sal inmediatamente de tu casa. Un coche te aguarda en la puerta. Deja que el conductor te lleve adonde ya sabe. No le hagas ninguna pregunta; ya conoce mis instrucciones. ¿Has entendido?

—Sí.

—Ven, ven, ven... Te aguarda la mejor recompensa con que podrías soñar. Fortuna, amor, belleza eterna... Ven...

Billie dejó el teléfono en la horquilla, con gestos de autómata. Luego empezó a vestirse de nuevo. A los pocos minutos, abandonaba el apartamento.

Bajó a la calle. Frente al edificio aguardaba un coche negro, largo, conducido por un sujeto de rostro impenetrable. Ella abrió la portezuela derecha sin vacilar y se sentó en el asiento posterior.

El coche arrancó de inmediato. Billie no pensaba en nada; su mente estaba completamente en blanco.

Transcurrió una hora. De pronto, se dio cuenta de que la gran urbe había quedado ya muy atrás. Ahora, el coche rodaba por una carretera solitaria, flanqueada por numerosos árboles.

El coche se desvió súbitamente por un camino aún más angosto. Dos kilómetros más adelante, se detuvo y el chófer se apeó.

—Espere un momento, señora —pidió.

Billie hizo un gesto de aquiescencia. Pasaron algunos minutos.

De repente, se encendió una luz vivísima en el asiento delantero. Billie chilló de pánico.

Casi en el acto, se produjo un enorme resplandor rojizo. Llamas abrasadoras se elevaron a lo alto.

Billie chilló aterrorizada. Quiso escapar, pero los cierres de las portezuelas estaban bloqueados.

Billie gritó hasta que el fuego apagó su voz.

* * *

—El señor se habrá enterado sin duda de la noticia —dijo Cassius.

Hope se sirvió una segunda taza de café.

—Horrible —comentó, a la vez que asentía.

—Un espantoso accidente, si me permite decirlo, señor.

—¿Accidente? Yo no opino así, Cassius.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Voy a abrir, con el permiso del señor —anunció el criado.

Venus llegó instantes más tarde, con un periódico en las manos.

—¿Lo has leído ya? —preguntó.

—Sí. Cassius, sírvele una taza de café a la señorita.

—Deje, yo lo haré —exclamó la muchacha.

Sentada frente al joven, le miró fijamente, después de tomar unos sorbos de café.

—Nuestra espera fue en vano —dijo al cabo.

—Es cierto.

—Se ha repetido el caso de Janice Edgellton, Ricky.

—Un asesinato y luego la eliminación del ejecutor, en los dos casos una mujer.

—Sí, pero ¿por qué?

—Yo me he forjado una hipótesis, Venus. Puede que me equivoque..., pero cuando los hechos se suceden, casi igualmente, ya no se puede hablar de casualidad.

—¿Cuál es la hipótesis?

—Aunque Keeler murió, aparentemente, en un accidente, cosa que ya se sabe no lo fue, tenía algo en común con las otras dos víctimas: Spotter y Peacock. A todos ellos les robé yo sendas fortunas en joyas, ¡o mismo que a tu padre y a Amy Forsythe.

Hope perdió el color.

—Eso significa que mi padre está amenazado de muerte —dijo.

—Con toda seguridad.

—Tendríamos que hacer algo, Ricky —exclamó Venus, muy asustada.

—Estoy pensando en ello.

—¿Y...?

—Por ahora, no he encontrado ninguna solución, salvo la única que se puede adoptar en un caso semejante: adoptar el máximo de precauciones.

—Se lo diré..,

—Tu padre es joven todavía, Venus.

—Cuarenta y seis años —contestó ella, sorprendida.

—Y tiene un aspecto físico excelente y, según he podido averiguar, una salud de hierro.

—Ricky, ¿a qué viene todo eso?

—Dile que no se deje engatusar por ninguna mujer, aun la que le inspire más confianza.

Venus se puso una mano en la boca.

—Temes que le suceda lo mismo que a Peacock y a Spotter —dijo.

—El asesino podría repetir el mismo método. Si ya le ha dado resultado en dos ocasiones, ¿por qué no intentarlo de nuevo?

—¡Dios mío; sí, se lo diré! —aseguró ella, terriblemente nerviosa—. ¿Por qué se metería en este asunto tan sucio del robo?

—Deberías preguntárselo, encanto.

—Y tú deberías devolver las joyas.

—Aún no es el momento. Todavía me quedan tres de los ladrones.

—¿Piensas seguir?

—Hasta el final.

Venus se levantó.

—Supongo que es inútil pedirte que desistas de tus planes —exclamó.

—Lo es —contestó él, firmemente.

—¿Y si avisara a los otros?

—Te harías cómplice de un robo.

—¿No lo soy ahora?

—Es distinto —sonrió él.

—Porque lo miras desde tu punto de vista. Yo pienso de un modo radicalmente diferente.

—¿Se lo has dicho a tu padre?

—Pero ¿qué tiene que ver...?

—Venus, no pienso hablarte del asunto hasta que tu padre te haya contado la verdad.

—Lo haré hoy mismo —aseguró ella.

—Enhorabuena.

Venus se marchó, taconeando vivamente. Cassius asomó a los pocos instantes.

—Una muchacha excelente, si el señor me permite decirlo —sonrió.

—De todas prendas —contestó él—. Tengo que salir, Cassius.

—¿Algún traje en especial?

—Sí, uno adecuado para visitar una galería de arte.

—Bien, señor; en seguida lo tendrá todo dispuesto.

* * *

Venus llegó a su casa y se dirigió inmediatamente al despacho privado de su padre. Al abrir la puerta, lo vio sentado tras la mesa de trabajo, contemplando un papel que tenía frente a sí, con expresión ausente.

—Papá —exclamó la muchacha.

Gregor alzó la vista lentamente.

—Hola, hija —dijo con voz opaca.

Ella avanzó paso a paso.

—¿Qué te sucede? —exclamó—. ¿No te encuentras bien?

Gregor guardó silencio. Venus pasó al otro lado de la mesa y cogió el papel, cuya lectura inició de inmediato.

Era una carta de contenido siniestramente amenazador:

«Se te permite conservar la vida, siempre que reúnas doscientos mil dólares

en billetes, cuya entrega realizarás en el momento y lugar que se te indicará oportunamente, en el plazo máximo de dos semanas.

»En la fecha indicada, recibirás una llamada telefónica con el resto de las instrucciones. No habrá más contactos, pero ten en cuenta que, si no obedeces, no habrá para ti futuro. A menos que llames futuro un viaje irremisible al infierno.»

Venus leyó aquella carta y creyó que iba a desmayarse. Su padre parecía anonadado, totalmente ausente de la realidad.

De pronto. Venus alargó la mano hacia el teléfono y marcó un número. A los pocos segundos, oyó la voz de Cassius.

—Por favor, quiero hablar con el señor Hope —dijo ella.

—Lo siento, señorita; el señor ha salido. No sé cuándo regresará; pero si lo desea tomaré su recado...

—Gracias, ya le veré yo misma, Cassius.

—De todos modos, le diré que ha llamado usted, señorita.

Venus dejó el teléfono en la horquilla. Luego, lentamente, se arrodilló junto al sillón.

—Papá —suplicó.

—Eh... —Gregor pareció volver en sí—. Venus, ¿qué quieres?

fc.na le miró intensamente.

—La respuesta a una pregunta —dijo.

—¿Cuál es esa pregunta, hija?

—¿Por qué lo hiciste?

Gregor movió la cabeza varias veces.

—De modo que lo sabes ya —murmuró.

—Sí, papá.

Hubo un momento de silencio. Luego, Gregor, lentamente, con voz apenas audible, contestó:

—Fue una locura.

* * *

Muy despacio, sin ninguna prisa, Hope recorría las distintas salas de la galería de arte, casi desierta en aquellos instantes. De pronto, se detuvo ante un cuadro que le atrajo notablemente.

—¿Le gusta, señor?

Hope se volvió y contempló al individuo que estaba a su lado, elegantemente ataviado, con traje oscuro, corbata gris perla y una camelia en el ojal de la solapa.

—Es estupendo —dijo—. Aunque el precio me parece algo elevado para mis posibilidades.

—Tal vez si hiciera una oferta interesante podríamos tomarla en consideración, señor. Nuestros precios no son absolutamente fijos.

—Ya. —Hope sonrió—. El director de la galería, supongo.

—Adam Wynnan, a su disposición, señor...

—Hope, Richard Hope. Pero me extraña que sea usted el director.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor?

—Tenía entendido que el director se llamaba Balt Hoxbury...

—¡Oh, usted se refiere al anterior! ¡Pobre hombre! —dijo Wynnan, compasivamente.

—¿Le ha pasado algo?

—Verá, señor Hope. Hoxbury era un hombre muy emprendedor y con aguda visión de lo que deben ser el arte y las finanzas, debidamente unidas. La galería de arte arrastraba una vida lánguida y él decidió revitalizarla, para lo que consiguió la colección Beresford, con objeto de que fuera expuesta. Era algo que nunca se había hecho y. el señor Hoxbury supuso que si lo lograba, la reputación de la galería ascendería enormemente.

—Muy cierto —convino Hope—. ¿Y bien?

—La colección fue robada, a pesar de todas las precauciones que se tomaron. Al poco tiempo, el señor Hoxbury, terriblemente deprimido por el suceso, abandonó el cargo, dejando su carta de dimisión. Unos días más tarde, recibimos la noticia del hallazgo de su cuerpo. El pesar le había abrumado tanto, que no supo sobreponerse y se suicidó.

—Terrible —calificó el joven—. Pero ustedes han reaccionado...

—No tanto como parece. Sí, el hecho nos dio renombre, pero no en sentido positivo. Ahora sólo podemos exponer cuadros de principiantes, sin apenas calidad... ¿Le gusta el que estaba viendo? Por cuatrocientos dólares, sería suyo, señor Hope.

—Es un buen precio —aceptó el visitante—. Le extenderé un cheque y ustedes se encargarán de enviádmelo a casa

—Será un placer —aseguró Wynnan. Movió la mano—. Por aquí, tenga la bondad, señor Hope.

Al despedirse, una vez realizada la operación, Wynnan dijo:

—La firma es joven, pero se revalorizará, se lo aseguro. Entiendo un poco de arte, aunque sea inmodestia decirlo, y tengo fe en el futuro del autor. Ha hecho una buena inversión, se lo aseguro, señor Hope.

—Yo también lo creo así, señor Wynnan.

Hope salió a la calle. La muerte de Hoxbury venía a deshacer, como si de una pompa de jabón se tratase, una posibilidad que se le había ocurrido y en la que había puesto grandes esperanzas.

Tendría que seguir investigando por otra parte, se dijo. Y no abandonar el resto de sus proyectos.

CAPITULO X

Cuando llegó a su casa, era ya la hora de cenar. Cassius le anunció una visita.

Era Venus. La muchacha se levantó al verle.

—Llevo varias horas esperándote —manifestó.

—Supongo que será algo importante —dijo él—. No, gracias, Cassius, puedes retirarte; yo serviré de beber a la señorita.

—Sí, señor. ¿Pongo otro cubierto en la mesa?

—¿Venus? —consultó el joven.

—No tengo mucho apetito.

Hope sonrió.

—Te prometo que esta noche no habrá narcótico ni nadie alterará los relojes.

—A veces lo desearía. Dormiría horas y horas...

—A ti te pasa algo y nada bueno. ¿No confías en mí? El hecho de que sea un ladrón, no impide que me queden otras cualidades.

Venus abrió su bolso y le entregó la carta que había recibido su padre aquel mismo día.

—Lee, por favor —indicó.

Hope se enteró rápidamente del contenido de la misiva. Al terminar, tomó un buen trago de whisky.

—Esto es muy serio —dijo—. No se me había ocurrido pensar que los otros también pudieron recibir una petición semejante.

—Y no hicieron caso, y por ello fueron asesinados, Ricky.

Hope la miró penetrantemente.

—¿Qué dice tu padre? —preguntó.

—Está desconcertado, no sabe qué hacer...

—¿Puedes darle un consejo en mi nombre?

—Desde luego, Ricky.

—Dile que prepare el dinero, que pague. La vida vale más que todo el oro del mundo. Ya echaremos el guante al asesino.

—¿Lo crees así?

—Es mi sincera opinión, Venus.

Ella asintió.

—Se lo diré —prometió. Levantó la vista—. He hablado con él por fin.

—¿Qué te ha dicho?

Venus se retorció las manos.

—Algo increíble. Nunca lo hubiera pensado de él —contestó.

—Tu padre está en magnífica posición. No necesitaba para nada el dinero de las joyas. Dos millones y medio, dividido entre siete ladrones, tocan a bastante más de trescientos cincuenta mil dólares. ¿Es una cantidad suficiente para tentarle?

—Lo hicieron por una apuesta, Ricky.

Hope se quedó con la boca abierta.

—¡Una apuesta! —explotó.

—Como lo oyes. Una noche cenaron todos juntos, se calentaron un poco los cascos, surgió el tema... y se apostaron entre sí que robarían la colección.

—¿Qué se apostaron?

—Una miseria: cinco mil dólares cada uno, cuya suma total se sortearían luego entre todos ellos.

Hope se sentía estupefacto.

—Por treinta y cinco mil dólares...

—Como lo oyes —confirmó ella, tristemente.

—Y ahora no saben qué hacer. Es como si tuvieran un tigre cogido por la cola.

—Exacto, Ricky. Lo planearon todo espléndidamente y dio resultado. Luego..., como niños traviesos que han cometido una mala acción y no se atreven a confesarlo, guardaron las joyas en su casa.

—Y provocaron el suicidio del director de la galería —dijo él, severamente.

—¿Es cierto? —preguntó la chica.

—Me lo han dicho hoy mismo. Sospechaba de él, pero si está muerto, mis sospechas tendrán que dirigirse hacia otro.

—¿Quién, Ricky?

—Por ahora, no tengo la menor idea. Lo único que puedo decirte es que tu confesión ha aligerado considerablemente mi labor.

—No sé a qué te refieres.

Hope pasó un brazo por los hombros de la muchacha. El gong anunciador de la cena acababa de sonar en aquellos momentos.

—Anda, vamos a llenar el estómago —propuso alegremente—, Te aseguro que las cosas se ven mucho mejor con la tripa adecuadamente calmada.

—No sé cómo tienes ganas de comer en estos momentos —refunfuñó la muchacha—. Creo que yo no podré pasar un bocado.

—Entonces, me comeré tu ración —dijo él, mientras cruzaban el umbral del comedor.

De pronto, Venus se detuvo y le miró agudamente.

—Ricky, he hablado con mi padre y lo sé todo. Ahora, tu obligación es contarme lo que sabes tú.

—Para tu tranquilidad, te diré que pienso conseguir la colección entera y devolverla a sus dueños.

—Me siento un poco mejor —sonrió Venus.

—Pero no olvides que entonces habré ganado la apuesta y que tendrás que pagar lo convenido.

Venus se sonrojó, a la vez que ponía cara triste.

—¿De veras lo exigirás? —preguntó con un hilo de voz.

—No pienso perdonar la deuda. O me quedaré con las joyas.

—No, no, pagaré..., pero habrás de presentarme la prueba de que has cumplido tu palabra.

—Descuida, encanto —dijo él, al mismo tiempo que asía el respaldo de la silla en que iba a sentarse su invitada.

* * *

Con mano temblorosa, de tal modo que el cuello de la botella tintineó con el borde del vaso, Vance Fulham vertió una buena dosis de whisky y la despachó de un solo trago.

—Ahora ya lo ?abe todo, señor Hope —dijo roncamente.

Sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y los dedos de las manos entrelazados, Hope asintió.

—En efecto, así es —admitió.

—Fue... una locura, lo reconozco. ¡Pero habrá de con venir conmigo en que salió maravillosamente!

—Perfecto, sin un solo fallo. No obstante, señor Fulham: ¿se ha percatado del hecho y de sus detalles?

—No entiendo qué quiere decir —dijo el dueño de la casa.

—Ustedes no eran profesionales. La galería de arte había sido dotada de los más sofisticados medios de protección, incluyendo guardas armados, perros y toda clase de alarmas. Es muy posible que ni el mejor equipo de hombres dedicados a este género de acciones hubiera tenido éxito en su intento, sobre todo si querían hacerlo sin causar víctimas, como así fue.

—Era la condición primordial que establecimos: no causar el menor daño a nadie —contestó Fulham.

—Y lo consiguieron. Pero, repito, ni el mejor comando de hombres especialmente adiestrados, hubiera obtenido la victoria en estas condiciones.

Fulham se rascó la cabeza, lleno de perplejidad.

—Pues ahora que lo dice... Sí, todo resultó muy fácil. Guardias y perros estaban dormidos, las alarmas desconectadas, aun las más complicadas...

—¿Sabe lo que significa eso?

El hombre se puso rígido.

—Uno de nosotros... —Y no se atrevió a completar la frase.

—Uno de ustedes no actuó exclusivamente por amor al riesgo, por una ridícula apuesta de treinta y cinco mil dólares. Tenía perspectivas mucho más amplias, de mayor entidad. Por supuesto, a largo plazo, usted ya lo entiende ahora.

—Sí —contestó Fulham—. Sin embargo, no se me ocurre ningún nombre.

—Piense, por favor —pidió el joven—. ¿De quién fue la idea?

—¡Oh, no recuerdo! La conversación surgió en el transcurso de la comida. Sin embargo, hubo uno que se opuso con notable tenacidad al proyecto, incluso llegando a amenazar con denunciarnos a la policía.

—Pero no lo hizo.

—No, desde luego. Conseguimos persuadirle de que tomase parte en el juego.

—Un juego que luego no completaron, devolviendo las joyas, sino repartiéndolas.

—Lo hicimos para evitar posibles sospechas...

Hope meneó la cabeza.

—Parece mentira, un grupo de hombres hechos y derechos, portarse como chiquillos ingenuos —dijo—. ¿Cuál es el nombre del que se opuso?

—Ella, la única mujer del grupo.

Las cejas del joven se levantaron.

—¿Amy Forsythe?

—Sí. Sin embargo, luego resultó uno de los miembros más eficaces.

—No me extraña en absoluto —sonrió Hope—. Bien, ¿me da las joyas, señor Fulham?

Hubo un instante de silencio. Luego, Fulham dijo:

—¿Y cómo sé yo que usted, luego, no...?

—Es la única salida que le queda para este problema —respondió el joven, impasible—. Por ahora, el asunto es secreto y no se ha divulgado. Pero si la cosa se supiera, representaría para usted una terrible catástrofe. Y para los otros, naturalmente.

—Es cierto. —Fulham asintió—. Le daré las joyas, señor Hope.

—Mil gracias.

* * *

Todo había terminado ya. Extendidas sobre la mesa, la colección de las joyas Beresford, ofrecía un aspecto indescriptible. El terciopelo negro sobre el que descansaban, representaba el adecuado contraste para aquella incomparable serie de piedras preciosas, artísticamente montadas en oro, plata y platino.

—El sueño de un capitán pirata, Cassius —sonrió Hope.

—Esto le deja a uno sin aliento, señor —dijo el criado—. No creo que vuelva a ver jamás una cosa semejante.

—Yo pienso lo mismo. Pero, por desgracia, tendremos que suspender el espectáculo.

—¿Va a devolverlas, señor?

—Todavía no.

Cassius mostró extrañeza por la decisión del joven

—Yo pensé, con el permiso del señor, que...

Hope empezó a amontonar las joyas.

—Aún no he terminado del todo —contestó evasiva mente.

—Supongo que el señor tiene algún plan especial

—Sí, lo tengo, Cassius. Por eso prefiero esperar algunos días.

—Puede ser peligroso, señor.

El joven se echó a reír.

—Confío en mi caja fuerte —aseguró.

Momentos más tarde, las joyas estaban a buen recaudo. Entonces, sonó el teléfono. Cassius atendió la llamada un instante y dijo:

—Para usted, señor; es la señorita Venus.

Hope se llevó el aparato al oído.

—Hola, encanto —saludo.

—Papá está dispuesto —dijo ella—. Seguirá tu consejo.

—Muy bien. Dile que acople una grabadora a su teléfono.

—De acuerdo,

—Y no te preocupes; evitaremos que el asesino se quede con el dinero.

—No sabemos quién es...

—Ya lo encontraremos, preciosidad.

—Confío en ti, Ricky —dijo la muchacha,

—Gracias, Venus; no defraudaré esa confianza. Por lo visto —rió él, alegremente—, has cambiado de modo de pensar, después de las jugarretas que te he gastado.

—Bueno, pienso que estabas en camino de enmendarte y corregir tu... tus vicios...

—ü sea, ya no me miras como un ladrón.

—Dejaré de pensar en eso cuando devuelvas las joyas.

—Te avisaré para que lo compruebes. Venus.

—Gracias. Pagaré la apuesta, Ricky.

—¿Estás decidida a ello?

Hubo una ligera pausa. Luego, Venus dijo:

—Totalmente.

—¿No te arrepentirás?

—Nunca, te lo prometo.

Hope lanzó una suave risita.

—Está bien, encanto —dijo—. Te veré otro rato. Avísame apenas tengas noticias del asesino.

—Descuida.

* * *

La mujer abrió la puerta y miró con ojos sarcásticos al visitante.

—¿Sales de tu tumba, Ricky Hope?

El joven se echó a reír.

—Estoy agradablemente vivo, Amy Forsythe —contestó—. ¿Puedo pasar?

—Nunca recibo a las visitas en el pasillo, aunque sólo sea para decirles que se vayan inmediatamente —contestó ella.

—Aquí no hay pasillo, Amy.

—Era una frase. ¿Quieres beber?

—Gracias.

Amy fue a la consola y llenó una copa.
—¿Por qué no volviste a verme? —preguntó.
—¿Quieres saber la verdad?
—Me agradaría.
—Te robé las joyas que guardabas en la caja fuerte.
Los ojos de la mujer chispearon.
—De modo que fuiste tú —dijo.
—Y no lo denunciaste a la policía —sonrió Hope.
Ella se mordió los labios.
De pronto, empezó a dar paseos en la estancia.
—No podía hacerlo —contestó sordamente.
—¿Quién ganó la apuesta de treinta y cinco mil dólares?
—Lo sabes todo —exclamó Amy.
—Soy muy curioso —sonrió él—. También sé que eres la que más se opuso al robo, pero paradójicamente la que lo preparó lodo para que el plan se realizase sin un solo fallo.
Amy se revolvió furiosamente.
—¿Y qué? ¿Te importa mucho?
—Me importa, porque tres personas han muerto asesinadas por esas joyas, aparte del director de la galería de arte, quien, deprimido por el hecho, se suicidó.
Hope calló un instante, para añadir a renglón seguido:
—Y eso, sin hablar de dos mujeres, alucinadas por algo que no era cierto.
—De eso no me considero culpable.
—Depende del punto de vista de cada cual —dijo el joven—. Amy, tú sola no pudiste hacer algunas cosas ¿Quién te ayudó?
—¿Quieres saberlo?
—Me agradaría.
—El director de la galería de arte.
—¿Hoxbury?
—El mismo.
—Pero se suicido luego.
—Le flaquearon los nervios y no supo resistir la tensión.
—Una lástima —suspiró Hope—. Gracias por todo, Amy.
Y giró sobre sus talones.
—¿Te marchas? —preguntó ella.
—Claro, ya he terminado aquí.
—Me... me gustaría que te quedases.
—Lo siento. Adiós, Amy.
La mujer guardó silencio. Hope salió de la casa y se dirigió hacia el automóvil que se hallaba estacionado junto a la acera.

CAPITULO XI

Amy permanecía aún callada, de pronto, sintió en la cintura el contacto de dos manos.

Se estremeció. Unos labios rozaron su cuello.

—Lo has hecho muy bien —dijo el hombre.

—¿De veras piensas así?

—No cabe la menor duda.

—Todavía no estoy segura de que todo acabe bien.

—Saldrá perfectamente, te lo aseguro.

—Pero... No sé, a veces tengo miedo...

Súbitamente, el hombre la agarró por un brazo y. la hizo girar en redondo.

—¡Escúchame bien, estúpida! —dijo—. Ahora menos que nunca podemos retroceder. Han sido meses, no. años enteros, de planear el mejor golpe de mi vida, y no pienso renunciar a mis planes por nada del mundo. Ni siquiera por ti, ¿comprendes?

Amy sintió miedo súbitamente. Aquellos ojos despedían fuego puro.

El hombre sonrió de pronto.

—Lo harás, ¿verdad?

—Sí, sí... Lo que tú digas.

—Es cuestión ya de pocos días. Hope ha hecho exactamente lo que yo deseaba que hiciera.

—Creo que ahora te entiendo mejor. —Amy sonrió—. Sí, realmente, eres astuto.

—Mucho más que Hope, y eso qué me ha dado más de un disgusto. Peto su derrota será inevitable. Y ello significará nuestro triunfo.

Los labios del hombre se posaron nuevamente sobre el cuello de Amy, que se estremeció un poco.

—Conseguiste engañarle —dijo él, alternando las palabras con las caricias —. Incluso te mostraste esquiva en un principio... y todo salió como yo lo había proyectado.

—Eso sí es cierto —admitió ella.

—¿Qué tal amante resultó, Amy?

La mujer vaciló un instante. Si decía la verdad, podía despertar los celos masculinos.

—Psé..., corriente, muy vulgar. Desde luego, no se puede comparar contigo ni de lejos.

Los labios del hombre iniciaron el descenso hacia el cálido valle que dividía dos hermosos senos.

—Amy...

—Sí, querido...

—¿Vamos?

—Pensé que no ibas a pedírmelo —dijo Amy, ardientemente.

—¿Cómo se te ocurrió ..? —El hombre soltó una risotada estridente. A ella le pareció que era la carca jada de un diablo.

¿Y no era un demonio? Se sentía absolutamente subyugada, completamente poseída por él, y no sólo en sentido carnal. Su cuerpo, su mente, le pertenecían a él absolutamente; era su esclava y haría todo cuanto le pidiese.

Más tarde, sin embargo, calmados un tanto los ardores, le miró, un tanto dubitativa.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó.

—Sí haces lo que debes, no podemos fallar —contestó.

Amy alargó los brazos hacia el cuello masculino.

—No fallaré —prometió, con voz cálida.

* * *

El teléfono sonó en el despacho privado de Todman Gregor. Padre e hija estaban cenando y se miraron unos segundos en silencio. Una doncella apareció y cruzó el comedor eh dirección al gabinete, pero Gregor se levantó en el acto.

—No, deje, Jenny; yo atenderé esa llamada.

—Muy bien, señor.

Gregor llegó al gabinete, pulsó la tecla de grabación y levantó el auricular.

—Todman Gregor —dijo.

—Encantado de oírle, señor Gregor —exclamó alguien—. ¿Recuerda que hoy es el día final del plazo que le concedí?

—Sí, lo recuerdo.

—Tendrá el dinero preparado, me imagino.

—Por supuesto.

—Entonces, tome nota de las instrucciones. Ponga todos los billetes en un maletín. Si le conviene más, utilice una bolsa, tino deportivo, me da lo mismo. Hoy, antes de las doce de la noche, ese dinero debe estar en casa de Richard Hope.

—¡Hope! —exclamó Gregor, sorprendido.

—Escuche y no me interrumpa. He dicho antes de las doce, pero eso no significa que sea preciso entregarlo ahora mismo. Pongamos entre las once cuarenta y cinco y las doce, ni antes ni después. Y será su hija la que entregue el dinero.

—¡Eso no! —protestó Gregor, con gran vehemencia.

—Su hija entregará el dinero. Nada más.

Sonó un click. Gregor dejó el teléfono en la horquilla, con los ojos fijos en la muchacha.

—Tienes que llevar tú el dinero —dijo.

—Bueno, si no hay otro remedio...

—A casa de Hope, entre las once cuarenta y cinco y las doce.

El teléfono sonó de nuevo. Gregor volvió a levantarlo.

—Olvidé decir una cosa —sonó aquella voz, ahora con tonos burlones—. No intente avisar al señor Hope; su línea está intervenida y yo me enteraría en el acto, lo cual significaría... la ruptura de hostilidades. ¿Entendido?

—Sí, señor...

—Adiós, eso es todo.

Gregor meneó la cabeza.

—Nunca creí que Hope pudiera hacernos una cosa semejante —dijo.

—¿Cómo, papá?

—Está claro. El es el chantajista, el asesino...

—¡Por Dios! —exclamó ella, vivamente—. Estás completamente equivocado.

—Lo estaba, cuando le creía un hombre de bien. Venus.

—¡Oh, no, papá, en absoluto! Yo no sé qué planea el asesino, pero confío plenamente en Ricky. Si es preciso que lleve yo el dinero, lo llevaré, y no se hable más del asunto. Le avisaré...

Gregor extendió la mano rápidamente.

—No —prohibió, tajante—. El teléfono está intervenido. El no quiere que avisemos a Ricky.

Venus se mordió los labios.

—¿Cómo podríamos hacer para advertirle? —murmuró.

—Me temo que nada, hija —contestó Gregor desanimadamente—. Habrá que hacer exactamente lo que nos ha ordenado.

—¿Tienes preparado el dinero?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no se hable más. —Venus consultó su reloj de pulsera—. Normalmente me cuesta unos treinta minutos llegar a casa de Ricky y sólo son las siete y cuarto. ¿Terminamos de cenar?

—A mí se me ha ido el apetito, hija.

Venus sonrió extrañamente.

—En cambio, yo tengo más que nunca —dijo—. Sospecho —añadió— que esta noche se van a acabar todas tus tribulaciones.

—Creo que podré dormir tranquilo a partir de ahora —declaró Gregor—. Sobre todo cuando sepa qué se propone...

Ella lo empujó suavemente hacia el comedor.

—Anda y deja de preocuparte ya por ese asunto —exclamó con jovial acento.

* * *

—No comprenda cómo se te ha ocurrido venir a visitarme —dijo Hope, mientras llenaba dos copas.

Amy se retorció las manos, un tanto inquieta.

—Tenía que decirte algo importante...

—Eso supongo —sonrió él—. Toma, bebe. —Le entregó una copa y ella tomó un par de sorbos precipitadamente—, Bien, suéltalo.

—Por favor, siéntate a mi lado. Eso hace que me sienta más segura.

—Claro, mujer.

Hope tomó un trago de su copa y se sentó junto a la hermosa visitante.

—¿Y bien, Amy?

—Verás, se trata de... Oye —exclamó de pronto, aunque en voz muy baja —, me parece que tu criado nos está espiando.

—¿Quién, Cassius? No seas aprensiva mujer; es el hombre más discreto que te has podido imaginar jamás.

—A pesar de todo, me pareció que la puerta... ¿Quieres mirar, por favor?

—Sí, desde luego.

Hope se puso en pie y cruzó la sala. Entonces, rápidamente, Amy puso algo en su copa. Cuando el joven volvió, ella estaba bebiendo con gesto apacible.

—Cassius está en su habitación, viendo la televisión —dijo él, jovialmente —. Anunciaban una película le suspense y le gustan mucho.

—Si... ¿No bebes, Ricky?

Hope vació su copa.

—Me serviré otra —sonrió, a la vez que se ponía en pie—. Puedes hablar mientras tanto, encanto.

—Se trata de... Esas joyas... ¿qué va a pasar con ellas?

—Creí que eras tú la que tenía que decirme algo importante —contestó él, sorprendido.

—Sí, es cierto; pero primero contéstame a mi pregunta.

—Bueno, las joyas serán devueltas... —De pronto, Hope bostezó aparatosamente—. Oh... No sé qué me pasa...

—Tienes sueño, sin duda; trabajas demasiado. Anda, ven, siéntate a mi lado.

Hope lo hizo. Casi repentinamente su cabeza se dobló sobre el pecho y su respiración se hizo sosegada y rítmica.

Un relámpago de triunfo apareció en los ojos de Amy. Poniéndose en pie, abrió su bolso y extrajo del mismo un tubo de spray. Luego, pisando en silencio, se encaminó a las habitaciones interiores.

Los sonidos de la televisión guiaron sus pasos. Abrió la puerta lentamente y vio a Cassius, repantigado en una butaca, frente al televisor.

Ella se le acercó por detrás. Súbitamente, agarró la crespa cabellera de! criado con una mano, a la vez que con la otra presionaba la válvula del pulverizador, lanzándole a la cara un chorro de gas.

Cassius se agitó furiosamente. Amy aguantó sus sacudidas durante unos segundos, a la vez que contenía ¡a respiración. El criado, al fin, pudo soltarse y se puso en pie, pero era evidente que ya había perdido "la iniciativa.

Amy continuó arrojándole gas al rostro. Cassius tartajeó algo ininteligible y empezó a desfallecer. Segundos más tarde, el instinto le hizo buscar una postura cómoda y consiguió volver al sillón.

Él gas volvió a chocar contra su rostro. Amy salió a trompicones poco más tarde, cerrando la puerta del cuarto, a la vez que respiraba a pleno pulmón. Por fin, Cassius estaba dormido, y si era cierto lo que le habían dicho, seguiría así hasta la madrugada.

CAPITULO XII

Amy abrió la puerta y miró al recién llegado con ojos brillantes de satisfacción.

—Lo he hecho como me ordenaste —dijo.

El hombre sonrió.

—Gracias, preciosa. Tendrás tu premio, no lo dudes.

Entró en el apartamento y caminó con paso vivo hasta la sala. Se acercó a Hope y levantó uno de sus párpados.

—Dormido como un tronco —dijo—. Ese narcótico es infalible; tumbaría a un elefante. ¿Y el criado?

—También duerme —respondió Amy.

—Voy a comprobarlo. ¿Dónde está?

—Ven, yo te guiaré.

Momentos después, regresaban a la sala. El hombre examinó con aire crítico la decoración. De pronto, se acercó a un cuadro y lo hizo girar. El brillante metal de la caja fuerte empotrada en el muro, quedó a la vista.

—Es justo lo que deseaba —dijo.

—Pero no podrás abrirla... —objetó ella, aprensivamente.

—¿De veras?

Se acercó a la caja y empezó a hacer girar la ruedecilla de la combinación, a la vez que aplicaba el oído a la puerta. Así transcurrieron algunos minutos.

Al fin, percibió el chasquido que anunciaba el éxito. En el mismo instante, cuando se disponía a abrir, sonó el timbre de la puerta.

—Ya está ahí la chica —dijo.

—Yo abriré...

—Deja que me encargue de eso. Quédate aquí.

El hombre cruzo la sala y llegó al vestíbulo. Venus le miró con curiosidad desde el umbral.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

—Entre, señorita Gregor —invito el sujeto cortésmente.

—¿Dónde está Ricky?

—Tranquilícese, no le ha pasado nada. Por favor...

Sosteniendo la bolsa de lona con ambas manos, Venus llegó a la sala. Al ver a Hope dormido, lanzó un grito.

—Está muerto —exclamó.

—Sólo narcotizado, señorita. Amy, toma la bolsa.

Venus se dejó arrebatar el dinero. Empezaba a comprender algunas cosas, pero todavía quedaban muchos enigmas por descifrar.

—Usted es Hoxbury —adivinó súbitamente,

—Lo ha adivinado. —El hombre se inclinó—. No me suicidé, como todo el mundo llegó a creer. Pero me vino muy bien que todos supusieran que estaba muerto.

—Y entonces... planeó vengarse de los ladrones de la galería de arte ..

Hoxbury lanzó una fuerte risotada.

—Ese robo fue idea mía —exclamó alegremente—. Yo convencí a Amy para que me ayudase. Por supuesto, me costó largos meses establecer el plan que me permitiera llevar a cabo mis deseos. Amy fue una eficaz colaboradora, todo hay que decirlo.

—Ella sugirió la idea...

—Hábilmente, según se pudo ver después.

—Son dos millones y medio en joyas —dijo Amy, plácidamente.

—Pero se han cometido algunos asesinatos...

—Era preciso. Dos de ellos se resistieron a pagar la suma que les pedía. El tercero llegó a sospechar la verdad y me pidió una parte importante en el bolín. Tuve que eliminarlo también.

—Pero dos infelices mujeres fueron asesinadas.

—Necesitaba su cooperación —declaró Hoxbury, con pasmoso cinismo.

—Y las mató —dijo Venus, horrorizada. Aquel hombre era un monstruo, pensó.

—Había que hacerlo, señorita Gregor.

Venus inspiró con fuerza.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. Si piensa conseguir un botín de dos millones y medio, ¿por qué exigía dinero a los que tomaron parte en el robo? —preguntó.

—En primer lugar, sabía que ellos no podían defender lo indefendible. Eran unos ladrones y podían ir a parar a la cárcel. Y, en segundo lugar, necesitaba ese dinero... porque tenía que vivir mientras tanto. Ya había agotado mis fondos y las finanzas de la señora Forsythe no eran demasiado boyantes.

—Le he traído doscientos mil dólares, señor Hoxbury.

—Lo cual nos permitirá vivir en el extranjero, una larga temporada, mientras nos deshacemos de las joyas, poco a poco, v .sin comprometernos en absoluto.

—Es usted un tipo muy astuto. Incluso nos quitó del coche el proyector con esa diabólica filmación...

—Debo admitir que su inesperada aparición evitó que Hope muriese a mis manos. No tuve otro remedio que escapar, ya que la puerta estaba abierta y alguien podía oír ruidos comprometedores. Pero como me había dado cuenta de las intenciones de Hope y éste sabía lo que iba a pasar, les aguardé en las inmediaciones de la casa de Peacock. Resultó muy fácil —sonrió Hoxbury.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que Billie Bowers está muerta y no podrá declarar contra usted. Bien, señor Hoxbury, por favor, ¿quiere explicarme cuáles son sus planes? —pidió la muchacha.

—Con mucho gusto. Vea ese brasero, que he encendido hace algunos minutos. Arrojaré unos puñados de mi droga a las brasas y usted respirará ese gas. Cuando la policía llegue aquí, la encontrarán desnuda, semiinconsciente y

con dos hombres muertos: Hope y su criado, ¿Quién la creerá cuando diga que es inocente?

Venus sintió un escalofrío de horror al conocer los propósitos de Hoxbury. Ahora comprendía la insistencia del asesino en conseguir que ella fuese la persona que debía entregar el dinero obtenido mediante amenazas.

—Sí —sonrió Hoxbury—, usted será una asesina y mientras, la señora Forsythe y yo disfrutaremos de la vida... ¡con esta magnífica colección de joyas!

Al mismo tiempo que hablaba, retrocedía paso a paso, hasta situarse junto a la caja fuerte, que abrió de golpe.

—Mire, muchacha, mire —exclamó, poseído por un orgullo diabólico.

Venus alargó el cuello un poco.

—¿Piensa que le van a pagar algo por las telarañas que hay en la caja fuerte?

Hoxbury respingó ligeramente. Luego volvió la cabeza un instante.

Un ronco sonido brotó de su garganta.

—¡Está vacía! —aulló.

Entonces, sorprendentemente, Hope se puso en pie y sonrió,

—Sí, está vacía —confirmó.

* * *

Hoxbury le miró con ojos de ebrio. De repente, se le habían inyectado en sangre. Su aspecto, pensó Venus, era el de un auténtico demonio.

—Las joyas salieron de la caja hace un par de días —añadió el joven, sin dejar de sonreír—. En cuanto al narcótico que Amy puso en mi copa, lo eliminé mediante el sencillo procedimiento de poner dos dedos en mi garganta. A pesar de todo, dormí algunos minutos, pero la dosis no resultó excesiva y pude despertar hace mucho rato, lo suficiente para oír todo lo que se ha dicho en la habitación.

Un rugido de rabia se escapó de la garganta de Hoxbury. Todos los planes, elaborados durante largo tiempo, con el máximo de detalles, se habían convertido en humo, precisamente por culpa del mismo hombre al que había elegido para reunir las joyas.

—Sí, una idea sumamente brillante —convino Hope—. Hizo robar las joyas por quienes sabía no podrían venderlas, ni lo harían, aunque hubiesen podido, y luego contó con la ayuda de un ladrón, que volvería a reuniríȧs todas y al que se las quitaría, cargándole además con las culpas. Magnífico, señor Hoxbury; todo se hizo al pie de la letra, salvo el episodio final; éste, naturalmente.

—Hay algo con lo que usted no ha contado —dijo Hoxbury, rabiosamente —. ¿Se le ha ocurrido pensar que podría venir armado?

Hope contempló el revólver que había surgido repentinamente en la mano derecha del asesino.

—Sigue tan ágil como cuando actuaba en el teatro, bajo el nombre de El Gran Brujo, y realizaba unos trucos realmente admirables, trucos que luego empleó en la vida real, para hacer creer a unas pobres infelices que era el mismísimo diablo. Pero conmigo no le servirá. No estoy desprevenido. Alguien está escuchando esta conversación y va a intervenir muy pronto.

La mirada de Hoxbury se desvió un instante hacia la puerta De repente, Amy, hasta entonces petrificada, perdió el control de sus nervios y echó a correr.

Hoxbury disparó. Amy chilló y cayó de bruces al suelo.

—¡Maldita zorra! Quería abandonarme...

La mano de Hope golpeó el revólver v lo hizo saltar por los aires. Hoxbury se sintió perdido y echó a correr.

La puerta le estaba vedada, como vía de escape. Decidió utilizar la terraza para saltar a la del apartamento contiguo.

Hope le dejó actuar, a la vez que apartaba a Venus de un manotazo del enloquecido camino que seguía el criminal. Hoxbury llegó al parapeto y se puso en pie sobre la ancha baranda. Pero entonces, las suelas de sus zapatos pisaron algo muy resbaladizo. Demasiado tarde comprendió la trampa, en forma de una abundante capa de grasa.

Perdió el equilibrio. El impulso le hizo inclinarse hacia adelante, a la vez que manoteaba frenéticamente.

Venus volvió la cara. Un horripilante alarido brotó de los labios del asesino, al darse cuenta de que ya no estaba en su mano alterar su suerte.

Empezó a caer, revoloteando como un gran pájaro. De pronto, se le apareció una visión infernal.

Era un rostro idéntico al que él había proyectado sobre el humo. En aquel rostro había una expresión de infinita satisfacción,

—Sólo yo soy yo —dijo aquel ser—. Nadie puede sustituirme. Ven, hacía mucho tiempo que te esperaba.

En el último instante, Hoxbury vio que se abría el suelo, dejando a la vista un rugiente infierno de llamas. Velozmente, se adentró en el fuego.

* * *

Cassius abrió la puerta y sonrió al reconocer a la muchacha.

—¿Cómo está, señorita? —saludó.

—Hola —dijo Venus desenvueltamente—. ¿Qué hace el mayor ladrón del mundo?

—Está en la sala, señorita.

—Muy bien. Cassius, tengo que decirle algo...

El criado escuchó atentamente durante unos segur dos y asintió, sonriendo.

—Sí, señorita, como usted diga —contestó.

Luego, Venus, taconeando vivamente, entró en la sala. Hope se puso en pie al verla.

—¿Qué tal, preciosa?

—Hicimos una apuesta. Vengo a pagarla —declaró Venus.

Hope levantó las cejas.

—¿Seguro que quieres pagarla? —preguntó.

—Sí, absolutamente.

—Bueno... —el joven se rascó la cabeza—. Así, tan en frío.

—¿Me rechazas?

—No, no, eso no. Lo que sucede es que... Diablos, no me gusta hacer las cosas así, tan... tan...

—Tan glacialmente.

—Además, Cassius está en casa.

—Es un hombre discreto; nos dejará solos.

—Muy bien. Venus, supongo que sabes lo que te haces.

—Claro. Tú también, insigne ladrón. Por cierto, debería dar por ganada la apuesta y no acceder al pago.

—¿Por qué? Devolví las joyas, me parece.

—Pero no eres un ladrón, sino un agente libre de una compañía de seguros, y te has quedado nada me nos Que con el diez por ciento del valor de las joyas.

—Eso fue algo que quedó establecido en un contrato debidamente protocolizado —dijo él.

—Y, además, te dieron carta blanca.

—Lo exigí, de lo contrario, no habría aceptado la misión.

—¿Siempre haces lo mismo en parecidas circunstancias?

Hope suspiró.

—Nunca faltan joyas por robar —contestó.

—Ya. Pero, en fin, las has devuelto, que es lo que importa, y yo pagaré la apuesta. A mi modo, claro.

—Desde luego.

Venus batió palmas. La puerta se abrió de pronto y dos hombres entraron en la sala, seguidos de Cassius. Uno de ellos era el padre de Venus. El otro vestía traje clerical, con alzacuello.

—Ricky —dijo la muchacha—, te presento al reverendo Thomas J. Gregor, hermano de mi padre, el cual va a establecer los términos en que debo pagarte la apuesta concertada. Es decir, si insistes en cobrar.

Hope se sorprendió en un principio, pero luego acabó por sonreír.

—Eres infernalmente astuta. Con permiso de tu tío, claro.

Venus se puso un dedo entre los dientes.

—¿Aceptas o no? —preguntó, sonriendo provocativamente.

—El señor debe saber que tengo alojamiento para esta noche —intervino Cassius.

Hope asintió.

—Reverendo, supongo que habrá traído consigo una Biblia —dijo.

—Es la «herramienta» de mi profesión —contestó pastor, alegremente.

—No asiste mucha gente a la ceremonia...
—Los suficientes, hijo —aseguró Todman Gregor.
Hope alargó la mano y asió la de Venus.
—Reverendo, estamos dispuestos —dijo.

FIN